

Klaus Hagerup

La Peonza Musical

Parte 3



Los Gurús de la Lluvia

Esta es la tercera parte de las tres que componen la historia de los Gurús de la Lluvia.

Esta historia está publicada en colaboración con la acción de la UE, Kids4Future, EIE/06/204/SI2.447395, "Creating Actions among Energy Conscious Children – Combining Education, Communication and Energy Knowledge in an Integrated Approach for a Sustainable Future".

Sobre el autor

Klaus Hagerup es el autor del universo de los Gurús de la Lluvia. Nació en Oslo en 1946. Es uno de los autores noruegos más conocidos, tanto de libros para niños como para adultos. Su madre, Inger Hagerup, es una escritora muy conocida y su padre escribió algunos libros para niños. Klaus Hagerup es también dramaturgo, instructor, traductor y actor.

© 2007 Enova SF/Regnmakerne
Autor: Klaus Hagerup, Noruega
Ilustraciones: Lars Hegdal, Noruega
Traducido al inglés por Tim Challman
Traducido al español por M. Ángeles Alonso Riera

ISBN: 978-84-692-5870-5
Depósito legal: M. 40.188-2009

Tipografía: Myriad Pro 10.5/16 p
Papel: A4

Impresión: Gráficas Arias Montano, S.A.

Traducido al inglés por Tim Challman
Traducido al español por M. Ángeles Alonso Riera

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de cualquiera de las partes de este libro sin permiso escrito del autor.
Prohibido su uso comercial.



La Peonza Musical

- Parte 3 -

NUESTRA TIERRA SOBREVIVIRÁ

Estaba empezando a amanecer. Los primeros rayos del sol brillaban en el cielo. Ramón miró hacia abajo. Era La Tierra. Ahora ya no parpadeaba. Parecía completamente normal, como si nada estuviera mal. Pero algo iba mal. Iba muy mal y Ramón no tenía ni idea de lo que podía hacer al respecto. Lo único de lo que estaba seguro era de que tenía que fabricar un arco iris.

START



(se også fig ZR50)



HALLO



hadet





Capítulo 1

LOS SERES CASEOSOS

Ramón había oído que quien encontrase el punto en el que un arco iris toca La Tierra, allí encontraría un tesoro. Ya se había deslizado por cuatro arco iris diferentes. En dos ocasiones había acabado en el centro de un estanque de agua contaminada, en Jonia. Otra había aterrizado en una bañera llena de agua aún más contaminada, en Roñilandia. Y la cuarta vez había aterrizado en el patio de su colegio, cuando había vuelto a La Tierra. No había encontrado ningún tesoro ninguna de las veces y no esperaba encontrarlo ahora tampoco.

Ramón estaba de camino a La Tierra, acompañado por Regina, Renata, Raúl y Rita. No iban en busca de tesoros, sino de Gurús de la Lluvia. Iban buscando montones de Gurús de la Lluvia. Los Gurús de la Lluvia deberían poder ayudarlos a salvar el planeta en el que había nacido, antes de que fuera demasiado tarde. La Tierra necesitaba ser salvada antes de que estuviera tan contaminada que las plantas, los animales y la gente ya no pudieran vivir en ella.

Ahora estaba desliziéndose por un arco iris por quinta vez. Y aterrizó con un golpe sordo, no encima de un tesoro, sino encima de un coche. Los otros aterrizaron detrás de él con sendos golpes sordos sobre sendos coches. A pesar de estar un poco mareados por semejante aterrizaje, los cinco se encontraban enteros. Bajaron de los techos de los coches y Renata miró alrededor.

— “Debemos haber caído en un pueblo muy pequeño” —dijo—. “Estas son las casas-coche más pequeñas que he visto en mi vida”.

— “Aquí la gente no vive en los coches” —dijo Ramón—, “sólo los conduce”.

— “¿Por qué no dejan los motores al ralentí?” —preguntó Raúl—. “Si lo estuvieran, arrancarían más deprisa”.

— “Están apagados para no contaminar” —respondió Rita.

— “Tienes razón, no pensé en eso” —asintió Raúl.

— “Y ¿dónde aparca la gente sus casas?” —preguntó Renata.

— “No las aparcamos” —dijo Ramón—, “las fijamos al suelo”.

— “Ah, vale” —dijo Renata—, “por eso necesitáis coches para ir de casa en casa”.

— “¡Pero eso significa que tenéis el doble de contaminación!: la de las casas y la de los coches. ¿No sería mejor conducir vuestras propias casas? Así se ahorraría la mitad de energía y no se emitirían tantos gases a la atmósfera”.



— “No si se dejan los motores de los coches apagados mientras se está dentro de las casas” —dijo Rita.

— “Y tampoco si apagas la luz y los electrodomésticos que no estas usando en casa, mientras estás en el coche” —dijo Regina.

— “Además, los pequeños coches de La Tierra usan mucho menos combustible que vuestras grandes casas-coche” —dijo Ramón.

— “Sin embargo, seguro que gastan mucha energía, de todos modos” —dijo Raúl.

— “Es verdad” —contestó Ramón—. “Por eso estamos construyendo coches eléctricos”.

Miró orgulloso a Rita. Puede que él no fuese un super Gurú de la Lluvia, como ella, pero sabía cosas.

— “Y biodiesel” —añadió Rita—. “¿No sabéis que se puede usar combustible procedente de plantas, o reutilizar el aceite de freír las hamburguesas o el pescado para conducir coches?”

— “Pues sí que lo sé” —rezongó Ramón.

Antes de que ella lo dijera, no lo sabía; pero ahora ya lo sabía.

— “Pero ¿cómo encontráis sitio para todo?” —preguntó Renata—. “Aquí hay tantos coches que sería imposible aparcar... quiero decir, construir, una casa”.

— “Porque aparcamos en aparcamientos” —dijo Rita—, “tenemos aparcamientos para los coches”.

Ramón miró a su alrededor. Ella tenía razón. De hecho, habían aterrizado en los techos de unos coches aparcados en un gran centro comercial, a un par de kilómetros de su casa. No habían aterrizado sobre un tesoro, pero lo habían hecho entre un montón de tiendas que tenían tantas cosas para vender que, entre todas, valían mucho más que cien tesoros juntos.

— “Venga” —dijo Ramón—. “Tenemos que darnos prisa”.

Cogió su peonza y fue hacia el ascensor que llevaba dentro del centro comercial.

— “¿Por dónde empezamos?” —dijo Raúl cuando entraron en el ascensor”.

— “Tenemos que encontrar la mayor cantidad posible de Gurús de la Lluvia” —dijo Regina.

— “Eso” —dijo Rita—. “Y criaturas gaseosas”.

El ascensor se cerró tras ellos y Ramón le dio al segundo piso.

— “¿Qué es una criatura gaseosa?” —preguntó Renata.

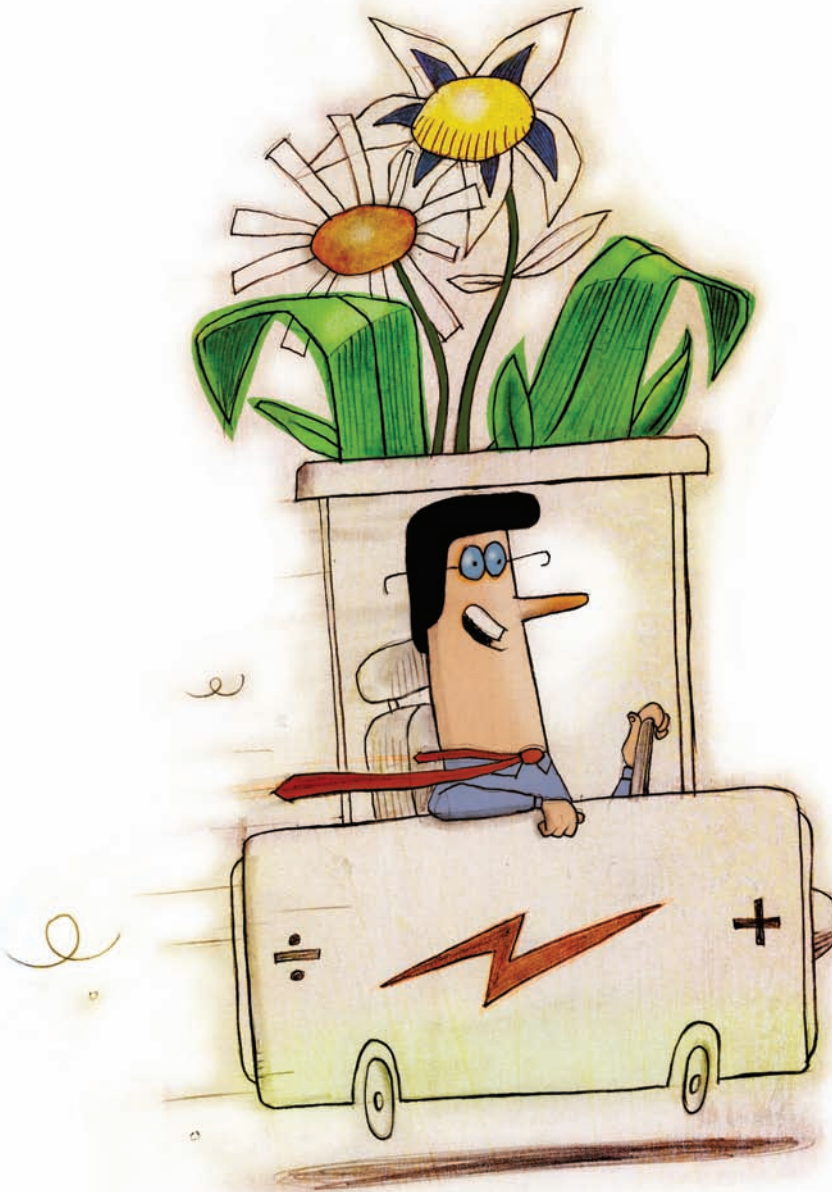
Rita miró a Ramón.

— “¿Le contestas tú o lo hago yo?”

— “Contéstale tú” —le dijo Ramón de mala gana—. “Como no sabía lo que eran esas criaturas...”

El ascensor dio una sacudida y, luego, empezó a descender suavemente.

— “Una criatura gaseosa es lo contrario de un Gurú de la Lluvia” —dijo Rita—. “Son los que consumen sin preocuparse de lo que le pueda suceder a La Tierra.”



No son necesariamente malas persona: pueden ser simplemente ignorantes. Una criatura gaseosa puede hacer cosas buenas y cosas malas. Como el gas: que puede ser beneficioso o perjudicial. Es trabajo de los Gurús de la Lluvia encontrar criaturas gaseosas, darles información y ayudarlas a cuidar el medio ambiente. Estoy segura de que la mayoría de ellas querrían cuidarlo, si mirasen en su interior. Después de todo, son personas. Y sus hijos e hijas tendrán que seguir viviendo aquí en La Tierra cuando ellos ya se hayan ido”.

— “Ese es un buen modo de exponer las cosas” —dijo Renata—. “Diciéndolo así hasta yo pienso que me pueden gustar las criaturas gaseosas. Por lo menos me da pena de ellas”.

Ramón se dio cuenta de que ella se había secado una lágrima. Sin embargo, sabía que uno de los otros cuatro era un traidor. El hecho de que Renata empezara a sentir pena por las criaturas gaseosas era un poco sospechoso.

— “¿Hay muchas criaturas gaseosas en La Tierra?” —preguntó Raúl.

Rita asintió.

— “Hay muchas; y está bien sentir pena por algunas de ellas”.

— “Pero no por todas” —dijo Ramón.

Miró a Renata, pero era imposible saber qué estaba pensando. Solamente parecía interesada, como un verdadero Gurú de la Lluvia.

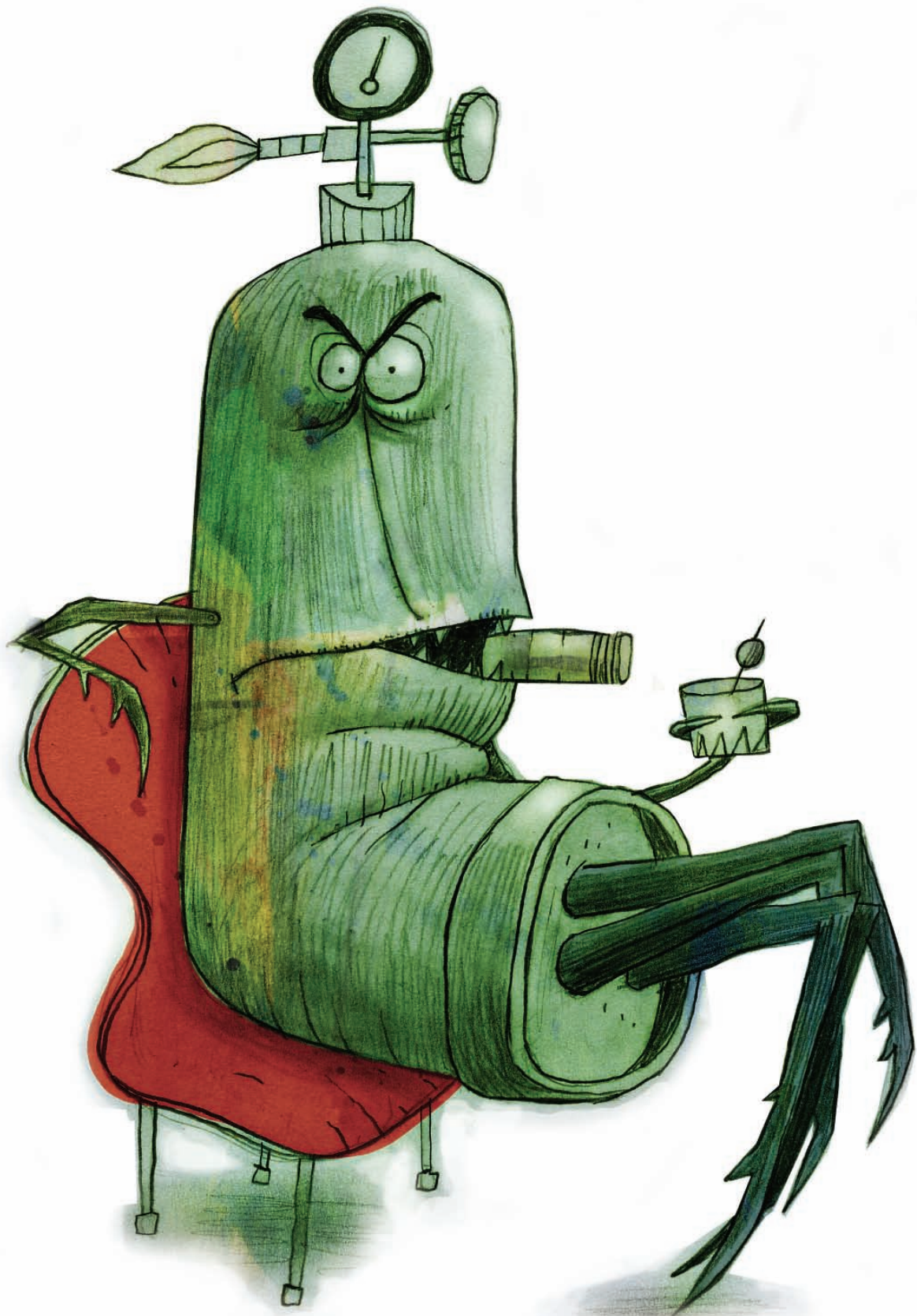
— “¿De cuántas criaturas gaseosas estamos hablando?” —preguntó Raúl—, “¿de miles?”

Rita sacudió la cabeza.

— “Mucho más que eso” —dijo—. “Casi todos los que no son Gurús de la Lluvia son criaturas gaseosas. Por lo menos en este país. La mayoría de ellos ni siquiera saben que son criaturas gaseosas. Si les dijeras que lo son, lo negarían. Pero algunos de ellos, las peores criaturas gaseosas...”

No llegó a terminar la frase. El ascensor se había parado. La puerta se abrió. El centro comercial estaba lleno de gente. Echaron una rápida ojeada: delante, detrás, a un lado y a otro. Como hormigas en un hormiguero, pensó Ramón. Renata y Raúl miraron a su alrededor divertidos.

— “¡Hay tantas tiendas aquí!” —dijo Raúl.



— “¡Y tanta gente!” —dijo Renata—. “¿También hay tanta gente fuera de los edificios?”

— “Hay seis billones de personas en La Tierra” —dijo Rita.

Renata se quedó blanca.

— “¿Y la mayoría son criaturas gaseosas?”

— “Por lo menos dos millones de ellas”

— “¿Y vamos a convertirlas a todas en Gurús de la Lluvia?”

Rita asintió:

— “Vamos a hacer lo posible”.

— “No funcionará”.

Ramón miró a Renata. Era un poco pronto para desanimarse ¿no? Para un gurú por lo menos, lo era. Si es que era un verdadero...

— “Estoy de acuerdo” —dijo Raúl—. “Ni siquiera merece la pena intentarlo”.

— “Dos y dos son cuatro” —dijo Regina.

— “Ya lo sé” —dijo Raúl—. “Y cuatro y cuatro, ocho. ¿Y qué?”

— “Ocho y ocho, dieciséis” —dijo Regina.

— “Eso” —dijo Rita—. “Y dieciséis y dieciséis, treinta y dos. Y treinta y dos más treinta y dos, sesenta y cuatro”.

— “Sesenta y cuatro y sesenta y cuatro son ciento veintiocho” —dijo Regina.

Y miró a Ramón. Él se dio cuenta de que se había puesto colorado, como si ella le hubiera dado un abrazo. Entonces se dio cuenta de lo que Regina estaba intentando decir.

— “Ciento veintiocho más ciento veintiocho son doscientos cincuenta y seis” —dijo.

— “Y doscientos cincuenta y seis más doscientos cincuenta y seis, quinientos doce” —dijo Regina sonriéndole.

— “Sí” —dijo Ramón—, “y quinientos doce más quinientos doce son mil veinticuatro”.

Miró a Renata y a Raúl. Parecía que también ellos se hubieran vuelto locos.

— “Mil veinticuatro más mil veinticuatro son dos mil cuarenta y ocho” —dijo Raúl.

— “Eso es” —dijo Renata—, “y dos mil cuarenta y ocho más dos mil cuarenta y ocho son cuatro mil noventa y seis”.

— “¡Ya basta!” —dijo Regina.

— “Significa que hay esperanza” —dijo Ramón.

— “Sí” —dijo Regina—, “porque todo lo grande empieza por lo pequeño. Si cada uno de nosotros convirtiera una criatura gaseosa en un Gurú de la Lluvia, entonces.... Entonces habría diez gurús. Y si los diez gurús convencieran a una criatura gaseosa cada uno, entonces...”

— “Vale ya” —dijo Raúl—, “ya veo dónde quieres ir a parar. Si pudiéramos hacer eso no tardaríamos mucho tiempo en ser un millón de Gurús de la Lluvia. Y si un millón de Gurús de la Lluvia educasen a otro millón de criaturas gaseosas...”

— “No tardaríamos en ser un billón de gurús”
—terminó de decir Renata—. “No se me había
ocurrido pensarlo antes”.

— “Pues ya es hora de que lo vayas pensando”
—dijo Regina.

Ramón se quedó mirando a la gente que pasaba por su lado. Era como si los viera de una manera nueva: Gurús de la Lluvia y criaturas gaseosas. Pero ¿quién era quién? Eso era lo que tenían que averiguar.

— “¡Por allí!” —gritó Rita—. “¡Allí! ¡Allí está!”

— “¿Quién?” —dijo Raúl—, “¿una criatura gaseosa?”

— “No” —dijo Rita—. “Una gurú. ¡La mejor gurú del mundo! La gurú con la que yo vivo.”

Echó a correr por el centro comercial. No era fácil, porque había mucha gente. Se abrió camino entre la multitud y dijo a voz en grito:

— “¡Rebeca!
¡Rebeca! ¡He vuelto!”

Una mujer de pelo rubio que estaba poniendo sus compras en la caja del Alcampo, se dio la vuelta.



Aunque estaba lejos de él, Ramón la reconoció inmediatamente. Era Rebeca Reina. Enseñaba música y era una de las profes más populares de su escuela. A parte de eso, era monísima, con su largo pelo rubio y sus grandes ojos azules. Casi siempre estaba de buen humor y Ramón nunca la había oído decir nada malo de nadie. No le sorprendía que fuese una Gurú de la Lluvia, pero no tenía ni idea de que Rita viviese con ella. Él había supuesto que Rita viviría con sus padres y Rebeca era demasiado joven para ser su madre.

Quizá sean hermanas, pensó. Quizás Rita se ha ido a vivir con su hermana mayor porque sus padres han muerto.

Regina, Renata, Raúl y él se acercaron a la tienda. Rita ya estaba allí.

Rebeca acababa de dar a Rita un abrazo. Y ahora le tendía la mano.

— “¡Cuánto me alegra volver a verte, Ramón!” —dijo—. “Así que ¿tú también eres un Gurú de la Lluvia?”

— “Sí, algo así” —murmuró Ramón.

— “Es muy inteligente” —dijo Rita—. “Nos ayudó a salvar el planeta Jonia”.

— “No está nada mal” —dijo Rebeca, sonriendo a los demás que habían terminado de acercarse a ella—. “Vosotros tres también sois gurús, me imagino”.

— “Sí” —dijo Raúl.

— “De Jonia” —dijo Renata.

— “Hemos venido a ayudar a salvar a La Tierra” —dijo Regina.

De repente Rebeca se puso triste.

— “Bueno, pues tenéis un trabajo duro por delante” —dijo—. “Y ¿cómo pensáis hacerlo?”

— “No estamos muy seguros” —dijo Ramón.

— “Necesitamos ayuda” —dijo Regina.

— “Necesitamos ayuda para poder ayudar” —dijo Raúl.

— “Tienes que ayudarnos” —pidió Rita.

— “Con mucho gusto” —dijo Rebeca—. “¿Qué queréis que haga?”

Rita miró a Ramón y Ramón pensó que tenía que decir algo.

— “¿No conocerás alguna criatura gaseosa?” —preguntó.

Nada más oír esto, la sonrisa se desvaneció de la cara de Rebeca. Hizo una mueca, frunció el ceño y sus mejillas palidieron.

— “¿Qué si conozco a alguna criatura gaseosa?” —preguntó con un temblor en la voz que le hacía temblar hasta el carrito del supermercado—. “Puedes apostar que sí. La criatura gaseosa que conozco no es una persona ignorante, que consume y consume porque no sabe nada mejor que hacer. No. Esa criatura gaseosa sabe muy bien lo que está haciendo. Es una criatura gaseosa egoísta y sin remedio. Le encanta malgastar recursos. Es feliz cuando contamina. Consume cuanto puede consumir y derrocha cuanto puede derrochar. No es solo la peor criatura gaseosa de este país, sino de todo el planeta. Y no me sorprendería que fuera una de las peores criaturas gaseosas del universo”.

Ramón tragó saliva. Él no era cobarde pero, convertir en gurú a la criatura de la que estaba hablando Rebeca, parecía una tarea ingente. Se oyó a sí mismo preguntar con una voz estremecida:

— “¿Sabe dónde podemos encontrar a esa criatura gaseosa?”

— “Sí” —contestó Rebeca—. “Sé exactamente dónde podéis encontrarla. Está aquí mismo.” —Y señaló al otro lado de la tienda.



La robusta mujer bajita a la que había señalado, cogió algo de un estante y lo puso sobre el montón de artículos que ya llevaba en su carrito. Hecho esto, se secó el sudor de la frente, miró hacia arriba y se fijó en los Gurús de la Lluvia. Sonrió de oreja a oreja, levantó su pequeña mano regordeta y saludó a Rebeca.

— “Las tazas de plástico están hoy de rebajas, Rebeca” —le gritó—. “Deberías comprarte algunas. Date prisa, ¡cómpralas antes que se acaben!”

Ramón la reconoció enseguida: era Ruth Rupérez, la profe de ciencias de su colegio.



Capítulo 2

EL PLAN

— “No puedo entender por qué Ruth Rupérez es una criatura gaseosa. Es muy amable. Casi tanto como usted, señorita Reina” —dijo Ramón, sorbiendo el estupendo té de hierbas que tenía en su taza.

Estaba sentado, con los otros Gurús de la Lluvia, en casa de Rebeca. Ella vivía en una casa nueva, de esas que gastan muy poca energía, con cristales de alto aislamiento, paneles solares y esas cosas. Todos sus electrodomésticos eran de clase A y ella apagaba todos los botones de *stand-by*, incluso el de la tele. El salón estaba lleno de plantas y tenía unos jarrones con rosas, otros con tulipanes y otros con otras plantas diversas.

A través de la ventana podía verse un amplio jardín en el que florecían manzanos, perales, ciruelos y cerezos, entre los cuales crecían otros árboles más pequeños que Rita había plantado. Ramón seguía sin comprender por qué Rita vivía allí. Cuando lo preguntó, ella se limitó a decirle que había llegado allí hacía mucho tiempo. De dónde había venido y de dónde eran sus padres, eso no lo dijo. Ramón no había querido volver a preguntárselo. Temía que hubiera tenido alguna experiencia demasiado desagradable para contarla. Cuando le preguntó por qué decía que se llamaba Vibeka en la escuela y Rita cuando estaba con ellos, le dijo que Vibeka Reidium era su identidad secreta y que de ahora en adelante podría llamarla Reidium. Ramón ya no preguntó más, pero Vibeka/ Reidium/ Rita era un misterio que él había decidido desentrañar.

— “Por favor, no me llaméis señorita Reina” —dijo Rebeca vertiendo más té en su taza—, “me hace sentirme mayor. Llamadme Rebeca, simplemente”.

— “Muy bien, Rebeca” —dijo Raúl—. “Este té está riquísimo. ¿Es de tu jardín?”

— “No” —dijo Rebeca—. “Es chino”.

— “La fruta también está muy buena” —dijo Renata—. “¿Puedo tomar más? Muchas gracias”.

Cogió una gran manzana verde del frutero que estaba encima de la mesa.

— “Esta fruta es ecológica, dijo Rebeca. Si uno planea limpiar La Tierra, creo que debe comenzar desde su casa”.

— “Estoy completamente de acuerdo” —dijo Raúl—. “Me imagino que no tendrás ningún cepillo eléctrico”.

— “Pues sí, si que lo tengo” —dijo Rebeca—, “pero no creo que eso sea lo peor para el medio ambiente”.

— “Eso es lo que había dicho Rubén” —dijo Renata—. “Y él no es en absoluto una criatura gaseosa”.

— “Lo que es, es un hermano pequeño”.

De vuelta al centro comercial Reidium le había contado todo lo que había pasado. Le habló de Ronaldo Rodríguez, del concurso «Usar y tirar», del caldero negro, de la planta y su aroma y de cómo lograron que más de un centenar de jonianos cantasen la canción de los Gurús de la Lluvia. Le habló de Rubén, que era el que había hecho crecer la flor y que se había ocupado de que la vida continuase en Jonia, mientras los demás se habían ido a intentar salvar a La Tierra.

Como ni Regina, ni Renata, ni Raúl tenían casa en La Tierra, Rebeca les había invitado a vivir con ella.

— “No alcanza a entender por qué Ruth Rupérez pudiera ser una criatura gaseosa. Es muy amable”.

— “No, es peligrosa” —dijo Rebeca.

— “Creía que era una buena profe” —dijo Ramón, sorprendido.

— “Demasiado buena” —dijo Rebeca—. “Casi todo lo que enseña son cosas equivocadas, pero lo hace con tanta gracia que encanta a todo el mundo. He intentado contradecirla algunas veces, pero nadie me haría caso”.

— “¡Oh, sí! Nosotros lo hacemos. Nosotros te escuchamos” —dijo Renata.

— “Por supuesto que sí” —dijeron Regina y Raúl al unísono.

Ramón permaneció en silencio. Lo que enseñaba Ruth Rupérez era tan interesante que no había escuchado ni una débil protesta por parte de Reidium.

— “Ya sé lo que estás pensando” —dijo Reidium—. “Tú sabes que yo tengo razón, pero es que nadie más que tú lo piensa y nunca soy capaz de convencerla. Soy demasiado tímida y, además, estoy sola”.

— “No, ya somos dos” —dijo Ramón—. “Ahora sé mucho más de lo que sabía cuando fui a Jonia por primera vez”.

— “Ya... pero no es suficiente: Una Súper Criatura Gaseosa contra dos pequeños Gurús de la Lluvia es una lucha muy desigual”.

— “No sólo dos” —dijo Regina—. “Cinco. Cinco pequeños Gurús de la Lluvia contra Una Súper Criatura Gaseosa no es algo tan desnivelado, ¿verdad, Rebeca?”

— “No” —dijo Rebeca muy despacio—, “desde luego que no”.

Regina miró a los demás, triunfante.

— “¿Comprendéis lo que quiero decir, ¿no?”

Como parecía que comprendían, ella siguió hablando:

— “Es obvio: tenemos que asistir a las clases de Ruth Rupérez”.

Raúl hizo un gesto de desesperación.

— “¿Y en calidad de qué? ¿De columnas sujetando las paredes?”

— “Tenemos que formar parte del trabajo” —dijo Ramón. Y, en cuanto pronunció esas palabras, se dio cuenta de que eso era exactamente lo que tenían que hacer—. “Seréis de otra parte del país. Queréis ser profesores y asistir a las clases diarias de nuestra escuela como alumnos de prácticas, porque conocéis a... ¡La señorita Rebeca! Ella colabora con la escuela de la que vosotros venís. Vais a observar a algunos profesores y a asistir a todas las clases de Ruth, porque estáis especialmente interesados en las clases de ciencias. Y como estáis trabajando, podréis ir dónde queráis. Podréis rondar por dónde queráis sin levantar sospechas. Podréis ir a la Sala de Profesores cuando queráis: como conocéis a Rebeca, nadie pensará que es raro que habléis con ella todo lo que queráis. Seréis Gurús de la Lluvia secretos y podréis cazar criaturas gaseosas sin levantar sospechas. ¿Es una buena idea o es una mala idea?”

Lo había dicho todo de corrido, sin pensárselo siquiera. Las palabras le habían llegado solas a la boca. No tenía ni idea de cómo se le habían ocurrido, pero estaba seguro de que la idea era buena.

— “Es una idea brillante” —dijo Rebeca—. “Pero una semana no será tiempo suficiente. Tendríais que quedaros aquí por lo menos diez. Hablaré con la Jefa de Estudios”.

— “¡Sí!” —dijo Raúl—. “Y podremos empezar el sabotaje de nuevo”.

Reidium meneó la cabeza.

— “No. No podemos hacer eso”.

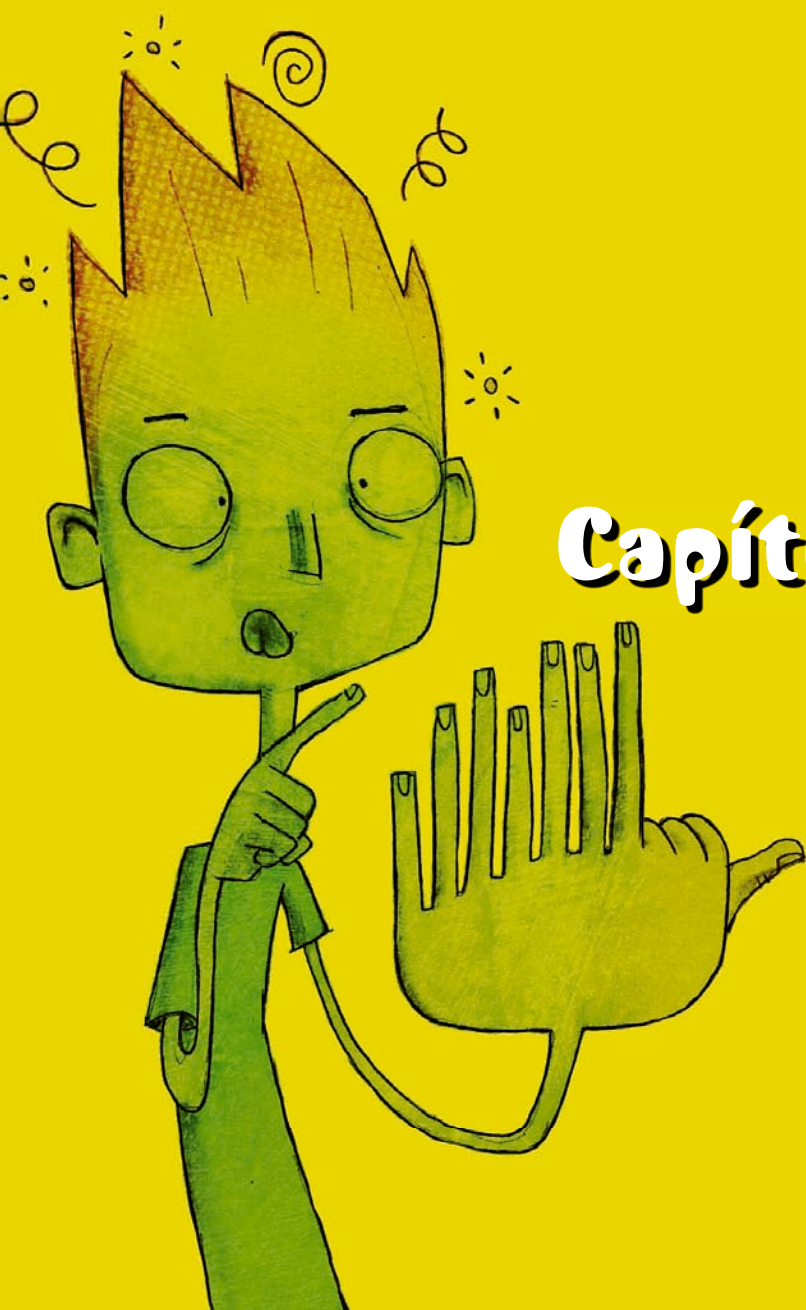
— “Recordad lo que pasó en Jonia” —dijo Renata.

— “Tenemos que conseguir que las criaturas gaseosas comprendan que deben unirse a nosotros para salvar La Tierra antes de que sea demasiado tarde” —dijo Regina.

— “Eso” —dijo Ramón—. “Debemos usar el conocimiento como un arma”.

Y pensó que esa última frase le había salido muy elocuente, así que la repitió:

— Debemos usar el conocimiento como un arma.



Capítulo 3

RUTH RUPÉREZ

No hubo ningún problema en que Regina, Renata y Raúl entraran en la clase. De hecho Ruth Rupérez se sintió incluso alagada de que quisieran estar con ella. Cuando la Jefa de Estudios les acompañó a su primera lección, ella puso una sonrisa de oreja a oreja.

— “Me encanta que estéis aquí” —dijo muy feliz—. “Tres alumnos que quieren ser estudiantes de magisterio, ¿no? Bien. Habéis venido al lugar adecuado. Puedo daros un montón de consejos y podréis enseñar muy bien luego a vuestros propios alumnos, cuando seáis profesores. Lo más importante es que debéis utilizar mucha energía: cuánta más mejor. Un profesor sin energía está condenado al fracaso. Aseguraos de tener y usar energía tan pronto como entréis en clase, por la mañana. Los niños en la escuela necesitan mucha luz y mucha calefacción. Lo mejor es encender la calefacción al máximo en cada clase, a lo largo de todo el día. Así no tendréis que estar pensando en regularla y todo el mundo estará caliente”.

Raúl levantó la mano. Ruth le sonrió.

— “¿Sí, joven? ¿Qué desea? Lance su pregunta”.

— “¿Incluso en verano?” —preguntó Raúl—. “¿Tenemos que encender la calefacción también en verano?”

Ruth Rupérez se frotó las palmas de las manos.

— “¡Pues sí!” —exclamó—. “Especialmente en verano. Por si alguien necesitase usar la clase: es una buena idea mantenerla caliente. Y si no hiciera más calor en verano, no habría diferencia entre verano e invierno. ¿Alguien opina lo contrario? ¿No? Bien, entonces continuemos”.

Reidium y Ramón habían levantado la mano, los dos, pero Ruth Rupérez pretendió no haberlos visto. Aunque quizá verdaderamente no los vio. Parecía estar en su mundo, en su mesa de profe, explicando lo importante que era consumir tanta energía como fuera posible. Era un perfecto ejemplo de sí misma. Corrió arriba y abajo, encendiendo luces y radiadores, mientras hablaba. Hacía más de 25 grados en la clase. Y aunque sudaba, ella llevaba puesto un abrigo de piel de ardilla. Le llegaba casi al suelo. Y, como era pequeña y más bien rolliza, parecía un barrilito. Se secó el sudor de la frente con el forro de su abrigo y suspiró con gusto.



— “Algunos de vosotros quizá se pregunten por qué llevo puesto un abrigo de piel dentro del edificio”.

Ella misma se contestó, sin que nadie se lo pidiera:

— “Odio pasar frío. Prefiero sudar porque, entonces, puedo darme una larga y relajante ducha. Me ducho diez veces al día, cada día. Estoy mucho tiempo en cada ducha, porque hay que mantenerse limpios”.

*“Si estás limpio, no te pones malo
Hueles bien y tienes suaves las manos.
Disfruta el agua caliente: déjala correr
Disfrutarás la vida y muy feliz podrás ser”.*

— “Ese es un pequeño poema que he compuesto para ilustrar lo importante que es ducharse con mucha agua caliente. Aprendedlo de memoria para mañana. ¿Alguien tiene algún problema con lo explicado hoy?”

— “Sí” —dijo Ramón—. “Yo. Una ducha muy larga, con agua caliente, consume mucha energía. Y se puede estar limpio duchándose más rápidamente. Además, no es verdad que un cuerpo limpio no se pone enfermo nunca. Por el contrario...”

Ruth Rupérez le dirigió una estricta mirada.

— “¿Ha levantado usted la mano, joven?”

— “No, pero...”

— “Eso me ha parecido, dijo ella con desaprobación. Cuando se quiere hablar en clase hay que levantar la mano primero. Si no, esto sería un caos”.

Ramón levantó la mano entonces, pero Ruth Rupérez le ignoró y continuó.

— “El problema es que, cuando sudamos, nuestra ropa también se humedece. Especialmente la ropa interior. Así que ¿qué podemos hacer?”

Renata levantó la mano. Ruth Rupérez señaló en su dirección:

— “Veo que tiene una sugerencia, jovencita. Oigámosla”.

— “Ducharnos menos” —dijo Renata.

Ruth Rupérez se quedó con la boca abierta. Luego la cerró y se quedó mirando fijamente a Renata. Se le fue poniendo la cara roja y su cabeza parecía hincharse y estar a punto de estallar. Entonces volvió a abrir la boca y empezó a reírse.

Ruth Rupérez se reía tanto que hasta lloraba de risa. Su rechoncho y pequeño cuerpo se sacudía bajo su abrigo de piel. Su risa no era crispada, desdeñosa ni histérica. Todo lo contrario: era fuerte y desahogada. Sí, era tan contagiosa que toda la clase se puso a reír con ella, aunque nadie sabía de qué se estaban riendo. Incluso los Gurús de la Lluvia se rieron. Ruth Rupérez podía ser una criatura gaseosa, pensó Ramón, pero, al menos, su sentido del humor estaba intacto.

— “Esto es lo más divertido que he oído nunca” —dijo, secándose las lágrimas con la manga del abrigo—. “Ducharse menos ¿no? ¡Ducharse menos! ¿Y tú quieres ser profesora? ¿Qué crees que harán tus alumnos cuando les digas que hay que ducharse menos?”

— “No sé” —contestó Renata ruborizándose.

— “Pero yo sí” —dijo Ruth Rupérez reprimiendo la risa. —“Se convertirán en un puñado de niños sucios. Estarán tan llenos de suciedad que podrás cultivar champiñones entre los dedos de sus pies. Olerán tan mal que tendrás que taparte la nariz cuando estés delante de ellos. Sus orejas acumularán tanta cera que no podrán oírte cuando intentes enseñarles algo. Por supuesto: ¡ducharse menos! Es lo mejor que he oído en todo el día. Tienes mucho que aprender. Bueno, chicos: es la hora del recreo. Hasta dentro de un cuarto de hora. Mientras tanto, yo voy a darme una ducha calentita. Y vosotros también deberíais hacerlo. Limpia el cerebro. Aquí tenéis la llave de las duchas del gimnasio. En la siguiente hora tendremos un examen. Necesitáis uno, a todas luces. No, no necesitáis aire fresco, porque en mis clases la ventana siempre está abierta, ¡durante todo el año! Así que, ¡hasta luego!”

Y, dicho esto, salió a toda prisa de la clase.

Muchos alumnos fueron a las duchas del gimnasio, a ducharse. Los Gurús de la Lluvia se reunieron en una esquina del patio.

— “Es lo peor que he oído” —dijo Regina—. “Esa mujer es una máquina de contaminar”.

— “Sí” —dijo Raúl—. “Pero es bastante convincente ¿verdad?”

— “Y divertida” —dijo Renata—. “Aunque no estaba de acuerdo conmigo, no se enfadó. No creo que sea tan egoísta y alocada como dice Rebeca. Creo que lo que pasa es que está convencida de lo que dice y cree que es lo correcto. Por eso es tan entusiasta”.

— “Como si eso le hiciera tener razón” —dijo Reidium—. “Eso solo la hace ser una adversaria más peligrosa”.

— “No estoy seguro” —dijo Raúl—. “Porque si no es muy terca, solo tendremos que hacerla ver que está equivocada”.

— “Eso no será fácil” —dijo Ramón.

— “Y ¿quién dijo que sería fácil?” —dijo Raúl con un poquito de arrogancia.

— “Nadie” —dijo Ramón—. “Pero será más fácil si pudiera ser fácil”.

— “Ramón tiene razón” —dijo Reidium—. “Será difícil, porque a Ruth Rupérez le gustan las cosas fáciles. Me parece que se está convirtiendo en una adicta a la vida fácil”.

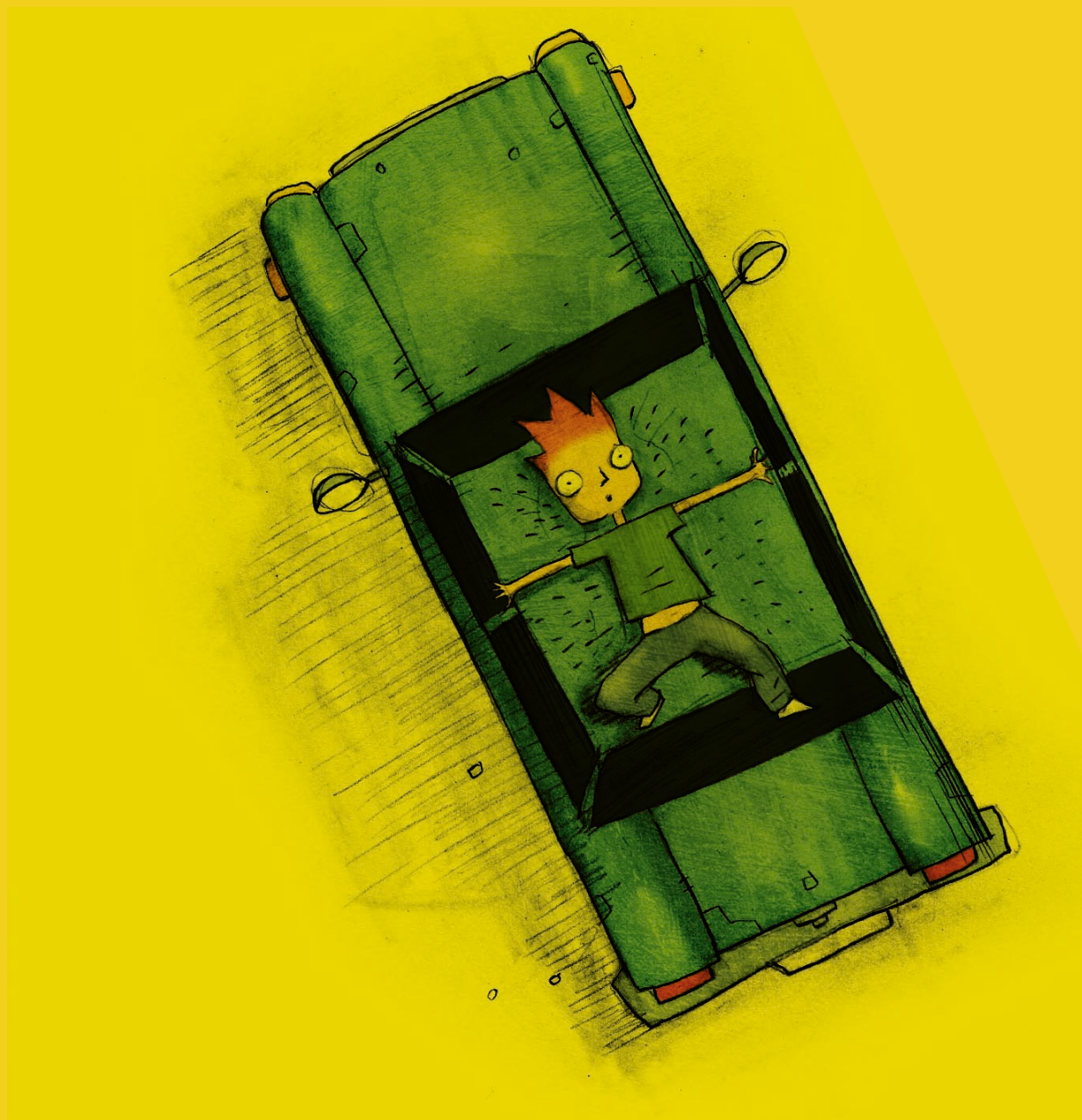
Ramón asintió.

— “Eso es lo que quería decir”.

— “Cuando volvieron a clase, la profe y muchos de los alumnos estaban limpios y flamantes. Ruth Rupérez incluso se había cambiado de ropa. Se había puesto otro abrigo de piel. Les explicó que era de piel de zorro y que había mandado el otro a la tintorería en un taxi, porque olía a sudor. Aunque la ventana estaba de par en par, en la clase hacía, por lo menos, 30 grados. Ruth Rupérez había empezado a sudar inmediatamente. Gruesas gotas de sudor le caían de la frente encima de las hojas del examen que estaba repartiendo”.

— “Aquí tenéis 10 preguntas. Tenéis que elegir entre A, B, o C en cada una. Cada respuesta correcta vale 5 puntos. Las respuestas casi correctas valen 3. La respuesta incorrecta vale 0 puntos. Podéis empezar. Mientras lo hacéis voy a tomarme una merienda”.

Sacó de su bolso una bolsa de plástico y un batido. Bueno, por lo menos se traía su merienda, pensó Ramón, echando un vistazo al examen. Empezaba así:



Capítulo 4

PREGUNTAS ENERGÉTICAS PARA ALUMNOS ENERGÉTICOS

1 CONSUMO

- A. Gasta todo lo que puedas: conoce tus necesidades.
- B. No gastes más de lo que quieras gastar: lo demás es desperdiciar.
- C. No uses más de lo que necesitas. Y necesitas menos de lo que crees, por ejemplo: calienta solo las habitaciones que estés usando.

2. CALEFACCIÓN

Las habitaciones deben estar a:

- A. 25 grados, más o menos.
- B. 20 grados, más o menos.
- C. 30 grados, más o menos.

3. AIREACIÓN DE LAS HABITACIONES

- A. Dejar siempre las puertas y ventanas entreabiertas: así las habitaciones estarán calientes y aireadas, al mismo tiempo.
- B. Airear completamente las habitaciones, a cada momento.
- C. No aireéis nunca las habitaciones: dad un paseo en su lugar.

4. VIAJES DE VACACIONES

- A. Cuanto más lejos os vayáis de vacaciones, mejor. Viajad incluso los fines de semana.
- B. Elegid viajes de grupo: normalmente son los mejores y los más baratos.
- C. No viajéis lo más lejos posible cada vez que tengáis vacaciones.

5. IDA Y VUELTA AL COLEGIO

- A. Ve andando o en bici siempre que puedas.
- B. Haz que te lleven papá o mamá. Así ahorrarás tiempo y puedes hacer los deberes por la mañana.
- C. Ponte de acuerdo con otros compañeros para venir varios en el mismo coche.

6. BASURA

- A. Pon la basura en bolsas de plástico y mételas en los cubos de basura de tu comunidad. La basura se recogerá una vez a la semana.
- B. Pon toda la basura en una bolsa grande y quémala en el campo o en el parque.

- C. Reutiliza todo lo que sea reutilizable. Separa las basuras y prepara el papel, los envases y el vidrio para ser reciclados. El resto de la basura puede ser echada en los contenedores de tu comunidad.

7. ELECTRICIDAD

- A. Usa toda la que puedas y tan a menudo como puedas. Los aparatos eléctricos hacen la vida más fácil y agradable.
- B. Úsala con moderación. Por ejemplo, si tienes 2 televisiones, deja solo una con el piloto de encendido continuo y apaga por completo la otra.
- C. La electricidad es muy valiosa. Usa estrictamente la que necesites para la luz, la televisión, etc. Para la calefacción hay alternativas mejores, como las calderas, las chimeneas o la energía solar.

8. LUZ

- A.- Deja encendidas las luces del salón, el baño y la cocina durante todo el día. Si no, tendrás que estarlas encendiendo cada vez que entres en ellas.
- B.- Usa todas las luces posibles, dentro y fuera de la casa. Eso hará tu hogar más agradable y, además, brillará como un árbol de navidad y se verá desde el espacio.
- C.- Usa las luces eficientemente: sólo cuando las necesites.



9. AGUA

- A.- Deja los grifos abiertos durante todo el día.
- B.- No tienes que preocuparte por el agua que gastas: hay mucha.
- C.- Recuerda que hay muchos países en el mundo que no tienen agua potable.
Nunca uses más de la que necesitas y ten cuidado de no contaminarla.

10. ENERGÍAS RENOVABLES

- A.- La electricidad está muy bien, pero una estufa de leña o un braserito de carbón de vez en cuando, no está mal.
- B.- Intenta usar energías renovables lo más posible: el viento, el sol, el agua y la bioenergía. Por ejemplo: los paneles solares son muy útiles para calentar el agua de las casas.
- C.- ¡Consume electricidad! La proporcionan muchas empresas y es fácil pedirla.
Recuerda: lo más fácil es a menudo lo mejor.

Ramón tardó menos de 8 minutos en responder a las preguntas. Pero Regina y Reidium habían acabado las dos varios minutos antes y ya se lo habían dado a Ruth Rupérez.

- “¿Estás seguro de que no te has precipitado un poquito?” —preguntó.
- “No. Creo que las preguntas eran muy fáciles”.
- “A ¿sí? Bueno... ya veremos”. Echó una ojeada al papel y meneó la cabeza.
- “Ya veo. ¿y crees que estas respuestas son correctas? Vete a tu sitio, chico”.

Ruth Rupérez corrigió los exámenes según los tenía en la mano. Cuando terminó de corregirlos todos, tiró el envoltorio de la comida y el cartón de leche vacío a la papelera que tenía al lado de su mesa y se levantó.

— “Tengo un examen excelente, once buenos, dos regulares, tres malos y cuatro exámenes desastrosos” —dijo. La buena noticia es que uno de vosotros tuvo 50 puntos, o sea: todas las respuestas correctas. Los once que lo hicieron bien obtuvieron entre 40 y 50 puntos, unos resultados prometedores. Dos de vosotros obtuvisteis entre 20 y 40 puntos. Estas dos personas deberían poner más atención en clase. Los que obtuvieron entre 5 y 20 puntos han suspendido y tendrán que volver a repetir el examen. Pero cuatro de vosotros, dijo dejando escapar un suspiro, no han conseguido ni un solo punto. Todas sus respuestas eran incorrectas. Si no fuera porque siempre soy positiva, les hubiera recomendado que dejaran la escuela y se fueran a una clase de infantil inmediatamente. Pero no estoy recomendando eso, desde luego. Solamente voy a decirles: Cambiad de actitud inmediatamente, antes de que sea demasiado tarde. Puedo enseñaros a pensar, pero no puedo pensar por vosotros. ¡No os rindáis! Recordad que nunca, repito, nunca, es tarde para aprender. Esta vez voy a ser buena y no voy a decir quién es quien ha aprobado y quién ha obtenido resultados desastrosos. Lo que voy a hacer es escribir las

respuestas correctas en la pizarra. A los que han aprobado les felicito y les doy la bienvenida al club. A los que tienen algo mal, les digo: seguid intentándolo. Sé que algunos tienen un largo camino que recorrer pero también sé que podéis conseguirlo.

Cuando terminó de hablar, se volvió a secar unos dos litros de sudor de la frente y se volvió hacia la pizarra, en la que escribió los números de las respuestas correctas a las preguntas del examen.

Ramón no se extrañó de ser uno de los que tenían todo mal. Ruth era la peor criatura gaseosa de la escuela, lo que quería decir que todas sus respuestas equivocadas eran, en realidad, respuestas correctas. Eso fue lo que les dijo a los demás cuando volvían a su casa.

— “Estoy de acuerdo” —dijo Raúl—. “Los números de las respuestas que Ruth Rupérez ha puesto en la pizarra eran ridículos. Yo no tengo ni una respuesta «correcta»”.

— “Ni yo tampoco” —dijo Renata.

— “Lo mismo digo” —dijo Regina.

— “Y yo” —dijo Reidium.

— “Nos está enseñando a ser grandes consumidores sin pensar en las consecuencias” —dijo Raúl.

— “Tenemos que pararla” —dijo Regina.

— “Pero ¿cómo?” —dijo Renata.

— “Eso es lo que tenemos que decidir” —dijo Reidium.

— “Podemos” —dijo Regina—. “Al fin y al cabo somos cinco contra una”.

Ramón negó con la cabeza.

— “No, no lo somos” —dijo.

Los otros le miraron. Él tragó saliva, pero sabía que tenía que decir lo que le rondaba por la cabeza.

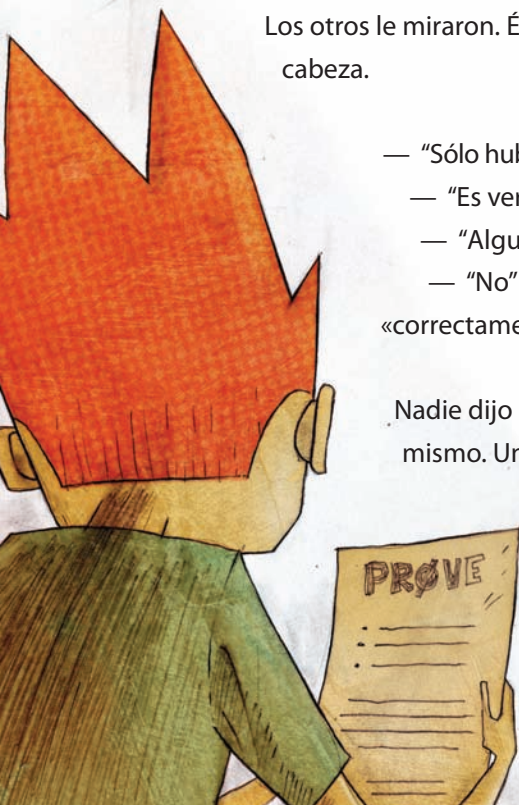
— “Sólo hubo cuatro exámenes con todas las respuestas «incorrectas»”.

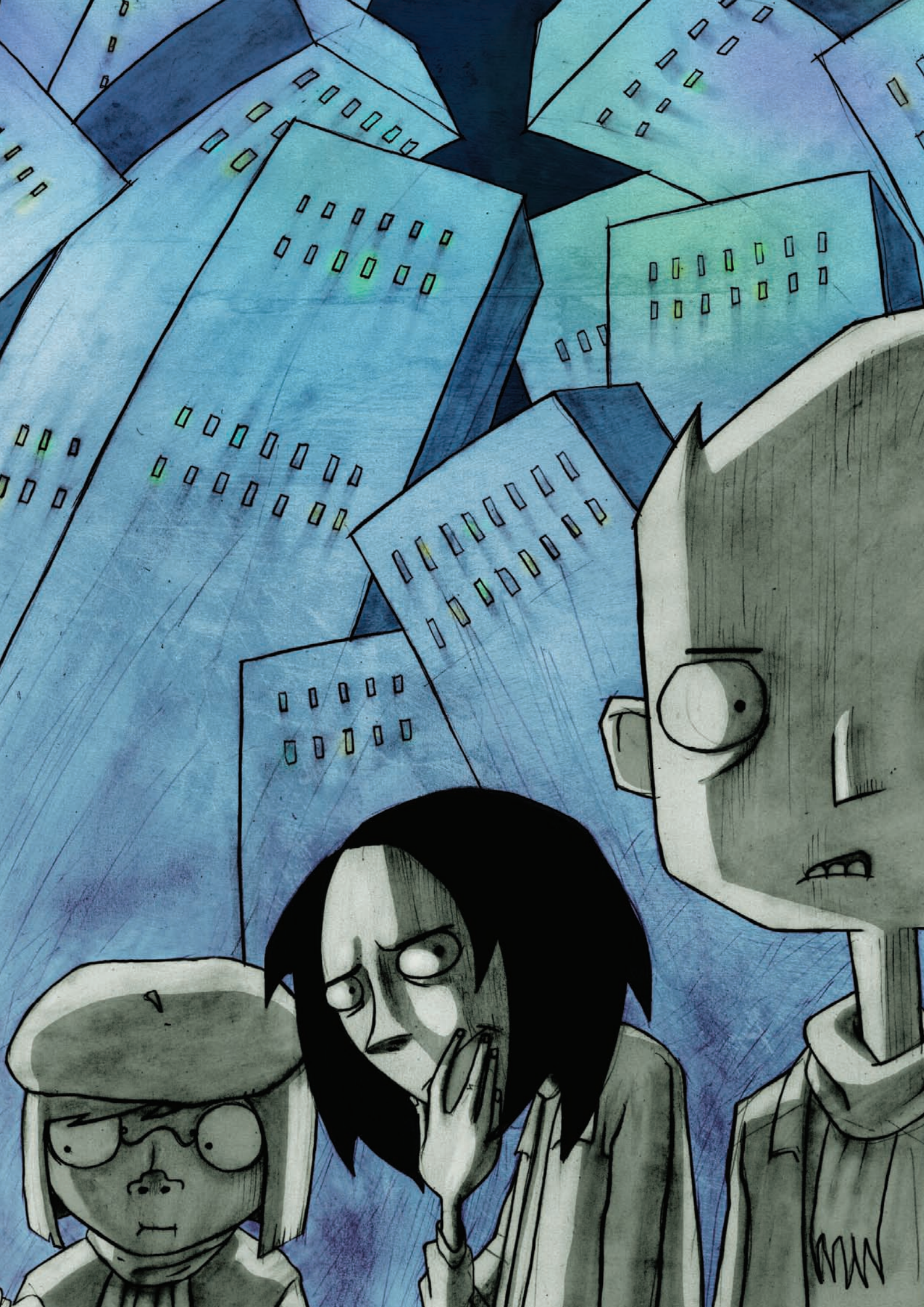
— “Es verdad” —dijo Reidium muy bajito—. “Y nosotros somos 5”.

— “Alguno de nosotros ha tenido alguna respuesta «correcta»” —dijo Renata.

— “No” —dijo Regina—. “Uno de nosotros contestó todas las respuestas «correctamente» y creo saber por qué”.

Nadie dijo nada, pero Ramón sabía que todos los demás estaban pensando lo mismo. Uno de ellos no era un verdadero gurú de la lluvia, sino una criatura gaseosa. Una criatura gaseosa todavía más peligrosa que Ruth Rupérez. El hecho era que uno de ellos era un traidor.







Capítulo 5

LA IDEA DE RAMÓN

- “¡Ésa es una idea fantástica!” —dijo Rebeca.
- “Muy bien” —dijo Reidium—. “Eso convencerá a Ruth Rupérez y a las demás criaturas gaseosas de que algo va mal en La Tierra”.
- “Y puede que quieran unirse a los gurús de la lluvia” —añadió Raúl. “¡Guay!”
- “¿Ruth Rupérez?” —dijo Renata—. “¿Crees que es posible verdaderamente que Ruth Rupérez se vuelva una Gurú de la Lluvia, Ramón?”
- “Sí” —dijo Ramón—. “Lo creo”.

Había oído tantos elogios sobre su plan que estaba seguro de que funcionaría.

- “No creo que ella sea una criatura gaseosa porque sea mala persona, sino que creo que tiene demasiada energía y quiere usarla”.

Reidium no dijo nada.

- “Vale. Y no le basta con gastar su propia energía ¿no es eso?”
- “Eso” —dijo Ramón—. “Se ha hecho tan adicta a gastar su propia energía que quiere seguir gastando energía y ya no le importa de quién sea”.
- “Y lo que queréis decir es que ella puede usar su energía personal para un propósito más noble” —dijo Rebeca.
- “¡Eso es!” —dijo Ramón—. “Y al mismo tiempo lo pasará bien”.
- “Rebeca se lo pensó durante unos segundos. Luego se levantó y aplaudió”.
- “¡Bravo, Ramón!” —dijo—. “Esa es la mejor idea que he oído en mucho tiempo”.

Los Gurús de la Lluvia se reunieron en casa de Rebeca y Reidium para hablar de su estrategia. Ramón se había puesto un poquito colorado, cuando Rebeca había aplaudido su idea: le había aplaudido a él. Eso no le había sucedido nunca antes. Y, cuando los demás se le acercaron para escucharle, se sonrojó



completamente y hasta le temblaron las piernas. La única que no se había movido había sido Renata.

— “No estaréis pensando de verdad ir a Ruth Rupérez con la idea de hacer un teatro sobre que las criaturas gaseosas están arruinando la vida en La Tierra y que los Gurús de la Lluvia van a salvarla, ¿no?” —preguntó.

— “Sí” —dijo Rebeca despacio—. “Creo que ella nos seguirá si puede tomar parte de manera que haga el papel que ella quiere”.

— “¿Y qué es exactamente el papel que ella quiere?” —preguntó Renata.
Rebeca sonrió a Ramón.

— “¿Quieres contárselo tú o lo hago yo?”

Ramón sonrió a Rebeca. Ahora estaba seguro de que su plan podía funcionar.

— “Hará de mala” —dijo.

Parecía que Renata quería decir algo pero, finalmente, no dijo nada. Se levantó del sofá y también aplaudió.

— “Bueno, puesto que estamos todos de acuerdo” —dijo Regina—. “¡Comencemos!”

Pasaron la mitad de la noche planeando la obra de teatro. Ramón y Reidium fueron elegidos como guionistas. En su primera reunión, los guionistas debían proponer el tema de la obra de teatro. Había otros Gurús de la Lluvia en la clase pero Reidium había sugerido que ni Raúl, ni Regina ni Renata debían descubrir que lo eran, todavía. Cuanta menos gente supiera que provenían de Jonia, mejor. Si algún otro Gurú de la Lluvia empezaba a hacer preguntas sobre ellos y Ruth Rupérez se enteraba, todo el plan podía venirse abajo. Más adelante, cuando hubiera terminado la representación y todas las criaturas gaseosas se hubieran convertido en Gurús de la Lluvia, se lo podrían decir a todo el mundo.

— “Y, por supuesto, les contaremos la historia completa” —dijo Regina.

— “Estoy de acuerdo” —dijo Raúl—. “Y creo que Ruth Rupérez estará muy agradecida de que hayamos cambiado su punto de vista sobre las cosas”.

— “De eso ya no estoy tan segura” —dijo Renata—. “Y ¿no sería mejor contarles todo a los otros Gurús de la Lluvia y así tener más gente de nuestra parte desde el principio?”

Raúl la miró con una sombra de sospecha:

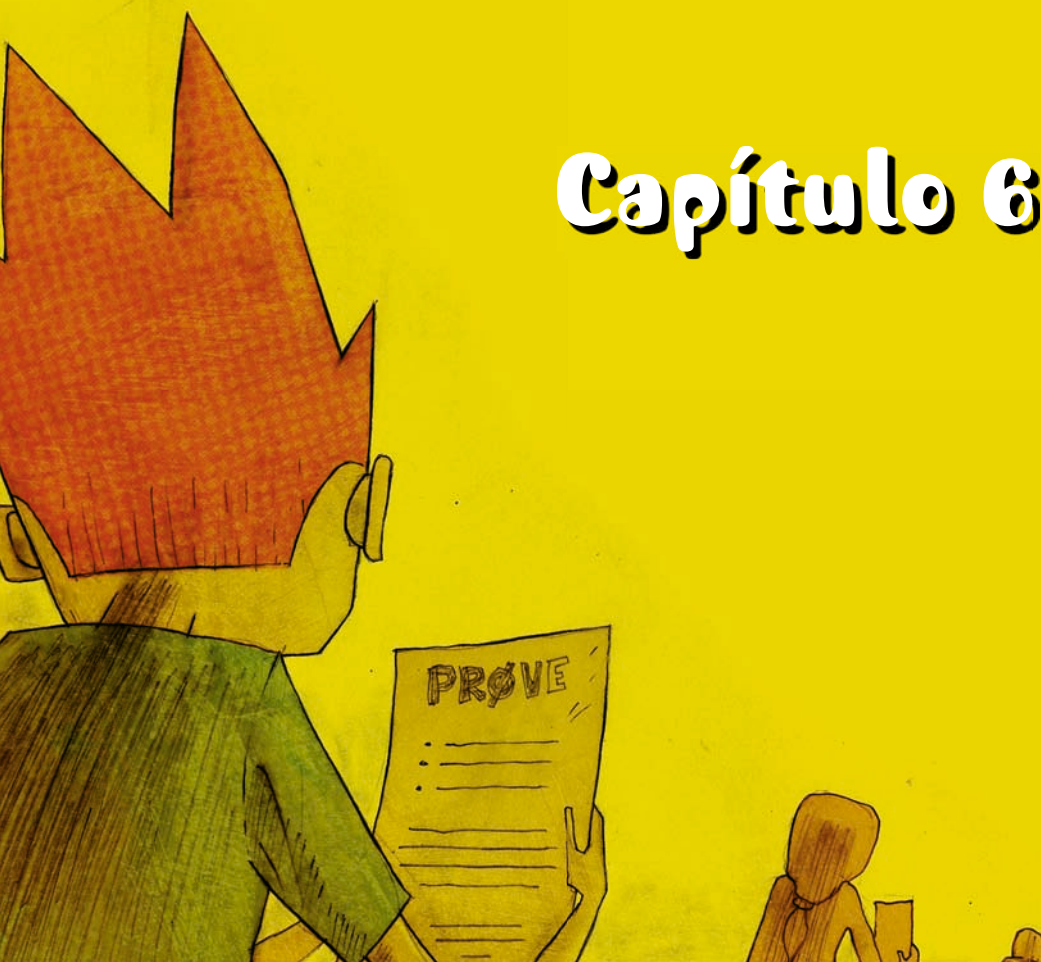
— “Tú quieres delatarnos ¿verdad?”

— “¡No, no!” —dijo Renata—. “Solo es que me temo que Ruth Rupérez sea más fuerte que nosotros. ¿Qué pasaría si no se convirtiera en un Gurú de la Lluvia y, en cambio, nos convirtiera a nosotros en criaturas gaseosas?”

— “No creo que ninguno de nosotros se convierta nunca en una criatura gaseosa” —dijo Raúl—. “Por lo menos ninguno de nosotros que no lo sea ya”.

No estaba mirando a nadie cuando lo dijo, pero Ramón estaba seguro de que tenía a uno de ellos en la cabeza e, incluso estaba casi seguro de quién era.

Capítulo 6



LOS FANTASMAS DE LA ENERGÍA

Ruth Rupérez no puso ninguna objeción a montar una obra de teatro con el texto que ellos habían escrito. El hecho de que el tema fuera el consumo de energía y que ella era la actriz principal, fue un impulso para aceptar la sugerencia. Ella misma propuso que Rebeca participara también en la obra, aunque le parecía más que suficiente que una profesora supervisara los ensayos.

Una semana después de su primera reunión para planear el guión, reunieron a toda la clase en el teatro. Reidium había inventado casi toda la trama, pero Ramón había sido el elegido para presentarlo todo a sus compañeros.

Esta mañana, cuando salía de su casa, lo había estado deseando. Pero, ahora, le daba miedo.

Se sentó en una silla en el escenario. Los demás estaban sentados en las butacas. Le miraban con expectación. Especialmente Ruth Rupérez. Era obvio que deseaba saber cuál era el argumento de la obra en la que iba a actuar. Se sonrió con alegría y Ramón le devolvió tímidamente la sonrisa. Su idea le pareció tan buena la primera vez que pensó en ella... Ahora no estaba tan seguro. Ruth Rupérez solo sabía que tendría el papel protagonista. Cuando supiera que iba a ser la mala de la historia, probablemente no se sentiría tan contenta. Mientras Ramón pensaba todas estas cosas, le parecía mucho mayor la probabilidad de que ella se lo comiera vivo que la de que le aplaudiera.

— “¡Vamos, chico!” —gritó ella—. “¡Nos morimos de curiosidad!”

Ramón carraspeó. Miró hacia Reidium, que estaba sentada justo detrás de Ruth Rupérez. Reidium le guiñó un ojo para darle ánimos. Él volvió a carraspear y comenzó:

— “Bueno” —empezó diciendo—. “Los guionistas hemos decidido que la obra de teatro tratase el tema de la energía y el medioambiente”.

Ruth Rupérez se entusiasmó:

— “¡Sí! Ese es el mejor tema que se puede elegir para una obra de teatro en un colegio” —exclamó—. “Eso lo he dicho yo siempre”.

Nadie objetó nada, ni siquiera Rebeca. Ruth Rupérez miró a su alrededor, triunfante. Aunque era bajita, parecía formidable cuando estaba sentada. Eso era debido a la cantidad de energía que irradiaba, pensó Ramón. Y continuó:

— “Creemos que podría tratarse de dos hermanas que viven en un planeta muy contaminado”.

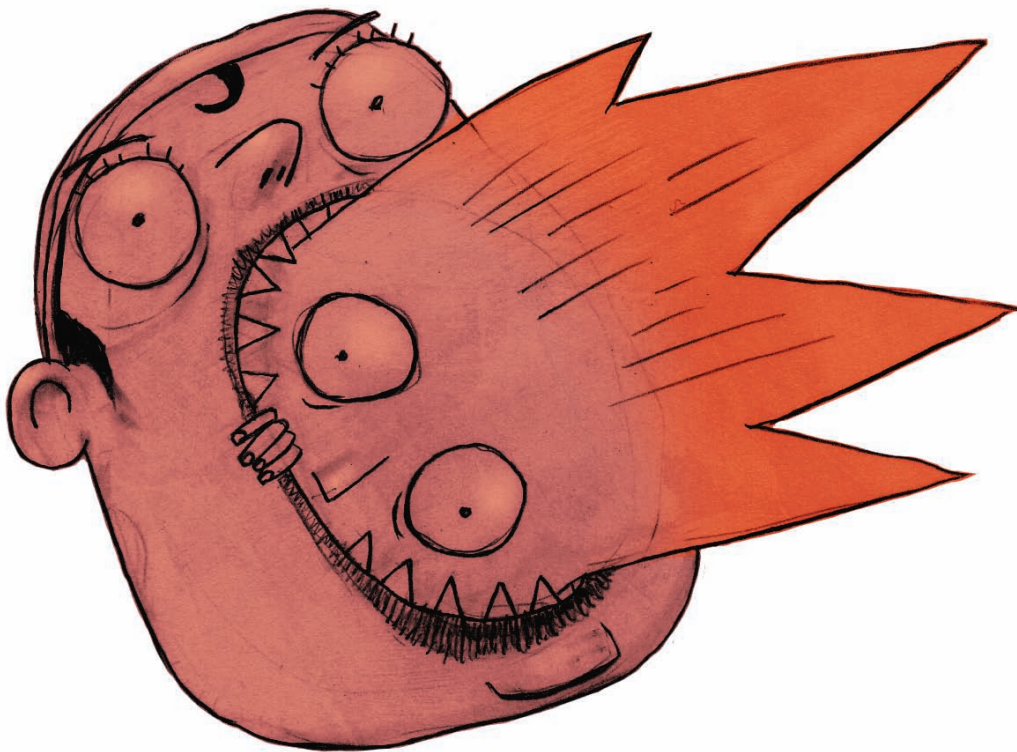
— “Eso parece divertido” —dijo Ruth Rupérez—. “Y ¿qué sucede?”

— “El planeta está más avanzado tecnológicamente que La Tierra, pero todos los que viven en él utilizan increíbles cantidades de energía, provenientes del carbón, el gas y el petróleo”.

— “Claro” —dijo Ruth Rupérez—. “Por eso están más avanzados que La Tierra ¿no?”

— “El planeta ha acumulado tanta polución que la capa de contaminación se hace cada vez más densa. La gente ya no puede ver el sol y las temperaturas se elevan cada día más” —dijo Ramón aclarándose la garganta.

— “¡Exactamente!” —dijo Ruth Rupérez con aprobación—. “Allí no se han dormido en los laureles”.



— “La hermana mayor teme que el planeta se esté muriendo” —continuó Ramón.

Ruth Rupérez se encogió de hombros con indignación:

— “¡Qué idiota!” —murmuró.

Regina estuvo a punto de replicarla, pero un rápido guiño de Reidium lo impidió.

— “Así que, por eso, envía a su hermana a La Tierra” —continuó Ramón—, “que no estaba tan contaminada como su planeta. La polución de La Tierra todavía tiene solución”.

— “Bueno, bueno...” —dijo Ruth Rupérez—. “Dadnos unos años y alcanzaremos a ese planeta. Estoy segura de ello”.

— “Lo que no sabe la hermana mayor es que su hermana pequeña la echa de menos y, además, está preocupada por el destino de ese planeta contaminado”.

— “Ya veo” —dijo Ruth Rupérez—. “Tenía envidia”.

Ramón no entendió exactamente lo que ella quería decir, pero continuó como pudo.

— “Así que vuelve para ayudar a su hermana a librar una batalla contra la gente que está contaminando el planeta”.

— “Dos villanos en la obra” —dijo Ruth Rupérez—. “Fascinante. Continúa”

— “No hay dos...” —empezó a decir Ramón. Pero un guiño de Rebeca le hizo interrumpir la frase. En lugar de terminarla, continuó diciendo:

— “La obra termina con las dos hermanas viajando hacia La Tierra y ayudando a prevenir que se contamine más y termine como su planeta. Ellas...”

Ruth Rupérez se había levantado del asiento. Estaba blanca y lloraba.

— “Ya veo... Es una tragedia, con un final dramático. ¡Qué hermoso! ¿Y qué les sucede a las dos villanas!”

Ahora Ramón estaba hecho un lío:

— “¿Qué villanas?”

— “Esas hermanas tan desagradables, por supuesto” —dijo Ruth Rupérez—. “Las que intentaban evitar el progreso en La Tierra”.

— “Ellas... ellas...” —tartamudeó Ramón.

— “Vivieron felices para siempre” —dijo Reidium desde su asiento.

A Ruth Rupérez volvieron a caérsele las lágrimas.

— “Oh, es horrible!” —sollozó—. “¿Y cuándo aparece el héroe?”
— “¿El héroe? ¿Qué héroe?” —preguntó Ramón estrujándose el cerebro.
— “¿El héroe que intenta frenar a las dos hermanas!” —lloró desesperadamente Ruth Rupérez.
— “Pues... no hay...” —empezó a decir Ramón.

No terminó. Fue interrumpido por Regina, que se levantó de su asiento:

— “El héroe pierde la batalla de La Tierra”.
— “Esa es, sin duda, la cosa más triste que he oído nunca” —sollozó Ruth Rupérez—. “Pero también es una hermosa tragedia. ¿Quién interpretara el papel del héroe?”
— “No es un héroe, sino una heroína. Y lo interpretará usted”.
— “¡Oh, gracias!” —suspiró Ruth Rupérez—. “No sé si estaré a la altura del papel, pero lo haré lo mejor que pueda. ¿Cuál es el nombre del planeta fantástico del que provienen las dos malvadas hermanas?”

Ramón sintió que era su momento de decir otra cosa.

— “Se llama Klonia” —dijo bajando del escenario.

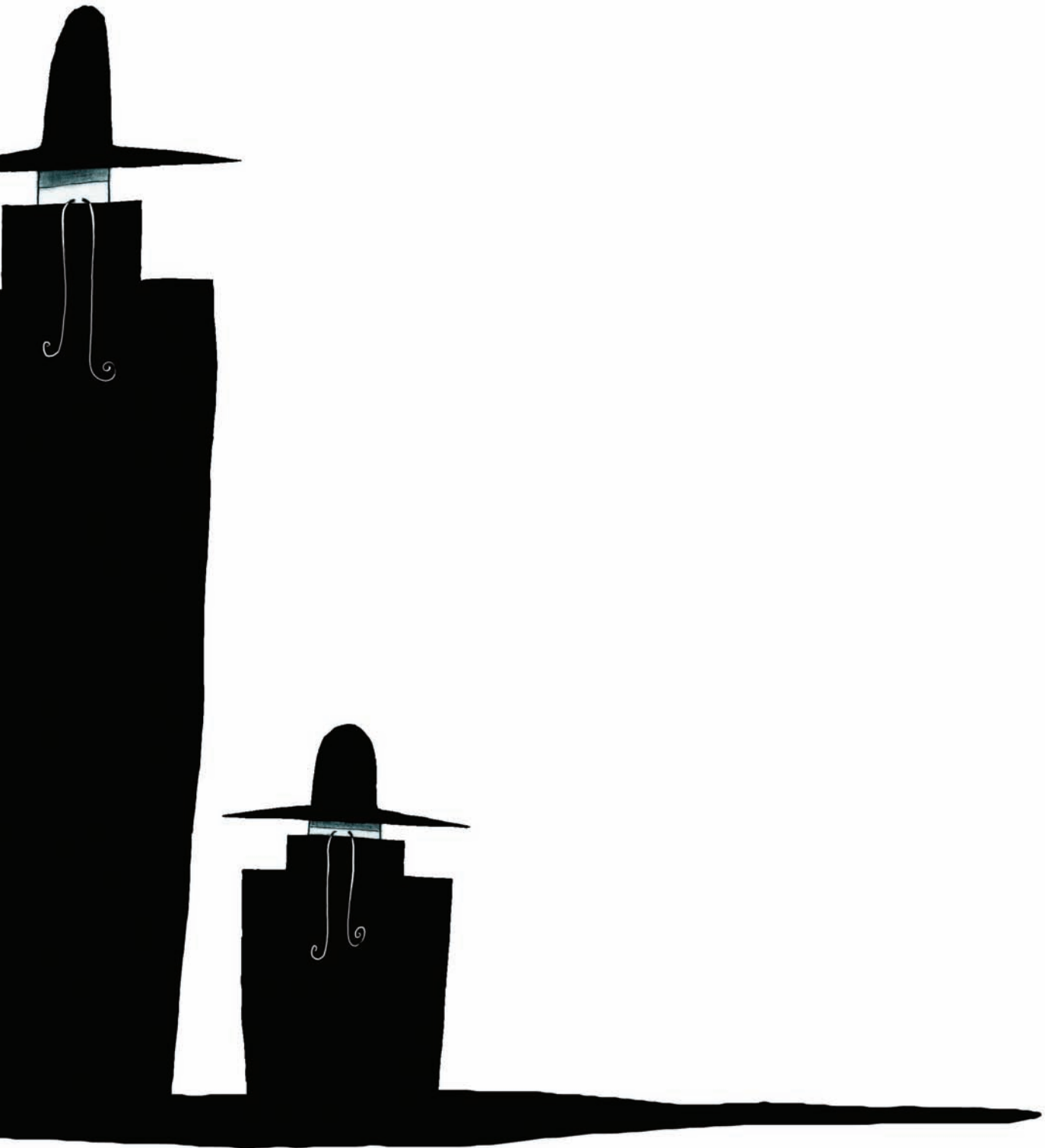
Dos horas después la reunión tocaba a su fin. Basado en una propuesta de Ruth Rupérez, el grupo de teatro decidió llamarse a sí mismo «Los fantasmas de la energía».

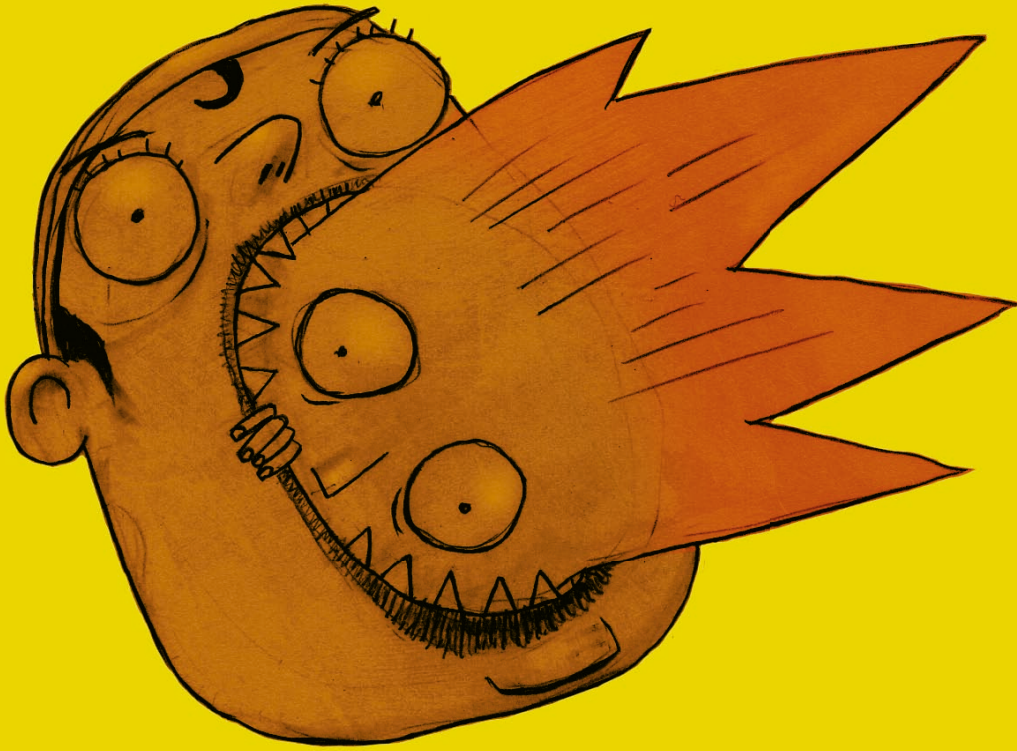
Rebeca, que ya había trabajado con el grupo de teatro de la escuela, fue elegida instructora. Regina y Reidium iban a ser las dos hermanas. A Ramón y Renata les encargaron ocuparse de las luces y el sonido. Raúl fue elegido director de escena y, desde entonces, era el encargado de que todo el mundo estuviera en su sitio a su debido tiempo. Todos los demás papeles y trabajos fueron distribuidos de forma que cada alumno de la clase tuviera algo que hacer. Cuando la reunión se acabó, Ruth preguntó si habría algún inconveniente en que ella usara un par de sus abrigos de pieles en la obra de teatro. Tenía dos nuevos, de diseño, hechos uno con pieles de lobo y otro con piel de tigre de Bengala. Cuando Rebeca le dijo que irían de maravilla, Ruth saltaba de alegría. Al salir del teatro, se encontraron con dos hombres, uno alto y otro bajo. Los dos llevaban grandes bigotes, sombreros calados hasta las orejas y abrigos que les llegaban hasta los pies. Cuando Ramón les saludó educadamente, ambos se llevaron la mano al sombrero y murmuraron algo que él no fue capaz de oír. Al preguntar a Rebeca si ella los conocía, le contestó que eran los nuevos conserjes.

— “Me parecen un poco misteriosos” —dijo él.
— “Y a mí también” —dijo Regina—. “¿Sabes algo de ellos, Rebeca?”

— “No. Solo sé que llegaron ayer. No tengo ni idea de dónde vienen, pero seguro que ya nos enteraremos”.

Mientras Rebeca contestaba, Ramón se había girado. Justo a tiempo de ver desaparecer al conserje bajito por la puerta del teatro. No estaba seguro, pero le parecía haberle oído una risita a aquel tipo.





Capítulo 7

LOS ENSAYOS

Los ensayos comenzaron a la semana siguiente. El equipo de redactores trabajó intensamente. Cuando Ruth Rupérez sugirió que deberían incluir un poco más de acción, ellos se sirvieron de su experiencia en Jonia y escribieron unas cuantas escenas sobre cómo las hermanas intentaron salvar el planeta del que provenían. Escribieron que pertenecían a una organización secreta, como Los Gurús de la Lluvia, pero que se llamaba «La pandilla del Clima» en la obra.

Ruth Rupérez hacía de Ramona Ramírez, que era la presidenta de Klonia. Organizaba un concurso de «Usar y tirar», exactamente igual que Ronaldo Rodríguez lo había organizado en Jonia. Regina hacía de la hermana mayor, que era secuestrada y luego salvada por Los Gurús de la Lluvia, exactamente igual que había pasado en realidad. Todos actuaban con gran entusiasmo, especialmente Ruth Rupérez. Cuando estaban ensayando la parte del concurso «Usar y tirar», lo hizo tan bien que la gente que la vio se quedó maravillada. Y así era exactamente como tenían que salir las cosas.

Convertir a una criatura gaseosa en un Gurú de la Lluvia lleva su tiempo. Y Ruth Rupérez no era una criatura gaseosa cualquiera: era una turbo-gas criatura. Cuanto más tiempo tardara en darse cuenta de que no estaba haciendo el papel de heroína en la obra, sino el de villana, tanto mejor.

— “En un momento dado se dará cuenta del papel que está representando en realidad” —dijo Regina.

— “Y entonces se dará cuenta de lo equivocada que ha estado” —dijo Ramón.

— “¿Y vosotros os creéis eso?” —dijo Renata.

— “Pues sí” —dijo Raúl—. “No es tonta”.

— “No, no es tonta y ese es precisamente el problema” —dijo Renata—. “Yo me temo que se dé cuenta de todo antes de que sea demasiado tarde”.

Raúl la miró con desconfianza:

— “¿Qué quieres decir con «antes de que sea demasiado tarde»?”

— “Quiero decir antes de que sea demasiado tarde para ella” —dijo Renata—, “antes de que sea demasiado tarde para continuar siendo una criatura gaseosa”.

Todos se quedaron callados por un momento. Luego Rebeca dijo:

— “No importa. Tenemos que pensar en que todo saldrá bien ¿de acuerdo?”

Y todo el mundo estuvo de acuerdo en eso, aunque no estuvieran seguros de qué era lo mejor que podían hacer.

Las cosas fueron bien durante dos semanas. Reidium y Regina lo hacían muy bien en sus papeles de las dos hermanas. De hecho, cuando Reidium se quitó las gafas y se soltó el pelo, se parecían mucho la una a la otra. Ramón no se había dado cuenta antes de que se parecieran tanto.

El único problema era que no destacaban tanto como Ruth Rupérez. La profesora era una continua fuente de energía. Cuando hacía su aparición en el escenario, todos los ojos se volvían hacia ella. Irradiaba carisma y entusiasmo y hacía palidecer a cualquiera que se le quisiera comparar. Su voz era potente y penetrante pero, al mismo tiempo, tenía un punto de excitación. Trabajó en varias de sus escenas y les daba un toque personal. Cada vez que acababa una de sus apariciones, terminaba gritando:

— “¡Usa y tira! ¡Esa es la melodía de cada día!”

Y Ramón tenía que controlarse para no aplaudir.

Era imposible no sentirse impresionado por ella. Incluso Rebeca, que tenía experiencia teatral, tuvo que admitir que Ruth Rupérez tenía un talento natural.

— “Es una de las actrices más convincentes que he conocido” —dijo en una de las reuniones secretas que los Gurús de la Lluvia tenían después de cada ensayo—. “Si esto fuera una película, ganaría un oscar”.

— “Cierto” —dijo Reidium—, “no me imaginé que fuera posible meterse tanto en un papel. No parece que esté haciendo de Ramona Ramírez, sino que ella...”

— “...sea Ramona Ramírez” —añadió Ramón, completando su frase.

— “¡Sí! Y ese es el problema” —dijo Renata—, “ella no tiene necesidad de actuar; sólo tiene que ser ella misma”.

Rebeca asintió.

— “Y eso es lo más divertido para ella. Ruth Rupérez está enamorada de Ruth Rupérez. Por eso disfruta tanto con su papel. Lamentablemente me temo que su entusiasmo está influyendo en el elenco”.

Tenía razón. Durante los últimos ensayos, algunos actores habían roto a aplaudir cuando Ruth Rupérez había entrado en escena. Y lo peor era que no sólo aplaudían criaturas gaseosas sino que, algunos de los recién convertidos en Gurús de la Lluvia, también lo habían hecho. El plan de Ramón era que todas las criaturas gaseosas de la clase se convirtieran en Gurús de la Lluvia. Y ahora parecía que las cosas se movían en sentido contrario. Ruth Rupérez hacía el papel de villana como si fuese la heroína y, al hacerlo, se convertía en una verdadera heroína. Cuando acabaron los ensayos cada vez más gente hablaba de lo maravillosa que era Ramona Ramírez.

Ramón estaba deprimido. Era viernes por la noche y Rebeca estaba a punto de dar por terminado el ensayo cuando Ruth Rupérez le pidió si no podían continuar un poquito más.

— “Quiero ensayar mi monólogo, en el que explico lo divertido que será el concurso «Usar y Tirar»” —dijo—. “La última vez no lo hice todo lo bien que puedo hacerlo”.

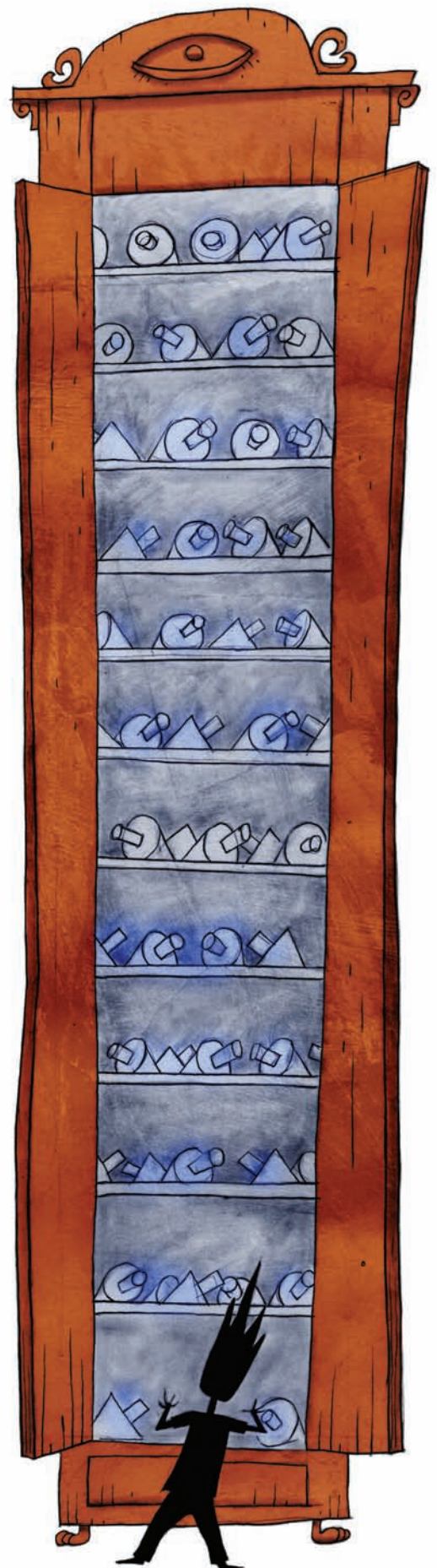
— “Pues yo creo que lo hizo bastante bien” —dijo Rebeca con retintín—. “Si no recuerdo mal, por lo menos le aplaudieron cuatro personas”.

— “Es verdad” —dijo Ruth Rupérez—, “pero puedo hacerlo mejor. Después de todo, es uno de los monólogos más importantes de la obra. Quiero intentar conseguir que sea un poco más convincente”.

— “Yo creo que ya es bastante convincente” —dijo Rebeca—. “Y ahora, vámonos a casa”.

— “Yo también lo creo” —dijo Reidium. Se estaba cansando de convencer a los demás de la clase de que Regina y ella eran las heroínas de la obra, y no Ruth Rupérez.

— “Pero nosotros no pensamos lo mismo” —gritaron ocho de los actores. “Queremos escuchar otra vez el monólogo de «Usar y Tirar»”.



Regina, Reidium, Renata y Raúl intentaron poner objeciones, pero no sirvieron de nada. El ensayo se alargó un cuarto de hora más. Los dos conserjes habían entrado en el teatro para apagar las luces y cerrar, después del ensayo. Se habían quedado en la puerta y vieron a Ruth Rupérez subir al escenario, con pie ágil y mucha gracia, a pesar de su estatura. Se quedó callada un momento, mirando al resto de los miembros del grupo de teatro y sonriendo de oreja a oreja. Después se puso seria repentinamente.

— “Mañana es nuestra fiesta nacional” —dijo en una voz penetrante y acariciadora al mismo tiempo—. “Mañana demostraremos al mundo que tenemos de todo y que nos atrevemos a usarlo todo. Que nuestro lema del día sea, como siempre, ¡Usar y Tirar! Concursaremos como siempre, en diferentes categorías: la categoría del consumo de combustible, la categoría del gasto de aceite, la categoría de emisión de gases, la categoría del consumo de embalajes y la categoría del mayor uso de electricidad. Mañana por la noche, mientras los fuegos artificiales llenen el cielo de luces y color, se repartirán los premios de cada categoría. Y este año se dará un premio especial al kloniano que más haya consumido, en categoría absoluta. Y este año ese premio es... ¡de oro!”

Su cara se iluminó con una amplia sonrisa. Extendió las manos hacia la audiencia y dijo con una voz que reverberó en todo el teatro:

— “El concurso comienza a media noche. ¡Que gane el que más consuma! ¡Buena suerte a todos!”

Sus ojos brillaban de emoción y lucía una sonrisa de oreja a oreja.

— “«Usar y Tirar» es la melodía de este día” —gritó. E hizo una reverencia que llagó hasta el suelo.

Después saltó del escenario. El aplauso fue ensordecedor. Seis chicas y cinco chicos chillaron. Los Gurús de la Lluvia se miraron desolados uno a otro. Tanto trabajo para esto, pensó Ramón. Mi plan se ha convertido en el peor del mundo. Hemos perdido. Las criaturas gaseosas nos han ganado. Y así habría sido de no ser por la vocécita que surgió rompiendo el estrépito del aplauso.

— “¡Ramona Ramírez es un esperpento!”

En el auditorio se hizo el silencio. Los que aún estaban aplaudiendo, dejaron de aplaudir. Los que habían gritado, no gritaron más. Ruth Rupérez estaba en el pasillo del patio de butacas con los brazos en alto, como si hubiese conseguido

algún record personal. Los dejó caer, como si fueran dos salchichas gordas, a lo largo de su rechoncho cuerpo. Su sonrisa se borró de repente. Abrió la boca para decir algo y se quedó con la boca abierta. Sus ojos habían perdido el brillo. Casi se le salieron de las órbitas, mirando a todos como una vaca miope.

— “¿Qué?” —bramó—. “¿Qué... quién... quién ha dicho eso?”

— “¡Y una blandengue!” —dijo la vocecita—. “¡Ramona Ramírez es un esperpento y una blandengue!”

— “No... no... no es verdad” —dijo Ruth Rupérez.

Bueno, no lo dijo. Escupió esas palabras de su boca, porque su voz era casi exclusivamente un silbido. Estaba roja de rabia y sus mofletes se zarandeaban como si fueran de gelatina.

— “¿Quién dijo blandengue? ¿Quién? ¿Quién?”

Nadie respondió. Todos se miraban unos a otros. Ramón miró a Regina pero ella meneaba la cabeza, negando. Lo mismo hacían Raúl, Renata, Reidium y Rebeca.

Ahora la cara de Ruth Rupérez se había vuelto rojo púrpura. Tenía los puños crispados como si estuviera boxeando con un oponente invisible. Entonces comenzó a dar vueltas, cada vez más deprisa. Parecía increíble. Parecía una peonza viviente. Por un momento Ramón pensó que iba a despegar del suelo, pero no lo hizo. Cuando por fin dejó de dar vueltas, se quedó tirada en el suelo, temblando y sollozando.

— “Ramona no es una blandengue” —balbuceó—. “Es dura, la más fuerte y resistente del mundo. Y no es un esperpento. Es un tigre. ¡Un verdadero tigre!”

No dijo nada más. Se quedó sollozando en el suelo. Todos la miraban a su alrededor. Ninguno se movía. Ruth Rupérez parecía peligrosa mientras giraba como una peonza, con los brazos al viento. Ahora solo parecía patética. Ramón casi sentía pena de ella. Como nadie decía nada, él decidió decir algo. Se acercó a ella, se arrodilló y dijo:

— “No es tan grave ¿verdad?”

Ruth Rupérez le miró con los ojos llenos de lágrimas.

— “Sí que lo es” —dijo jadeando—. “No es divertido hacer de una heroína que el público cree que es una blandengue”.

Ramón no supo que decir, pero no tuvo que decir nada. Regina se había reunido con él y sonreía amablemente a Ruth Rupérez:

— “Es que Ramona Ramírez no es la heroína de la obra”.

Ruth Rupérez la miró, completamente desorientada. No entendía nada.

— “Entonces... ¿qué es?”

— “Es la malvada” —dijo Rebeca que también se les había unido.



Ruth Rupérez abrió la boca para decir algo. Pero cambió de idea, se levantó del suelo, enjugó sus últimas lágrimas y dijo con una voz que hizo a Ramón sentir alfileres en su espalda:

— “Ya veremos. Esperad y ¡ya veremos! Ya os demostraré yo quién es Ramona Ramírez”.

Apretó los labios en una línea que parecía una sonrisa, pero que era algo muy diferente a una sonrisa, y salió del teatro sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Rebeca dio unas palmadas.

— “Bien.
Me parece que
el ensayo se
ha terminado”
—dijo—.
“Gracias a todos”.

Ramón y Regina fueron los últimos en salir del teatro.

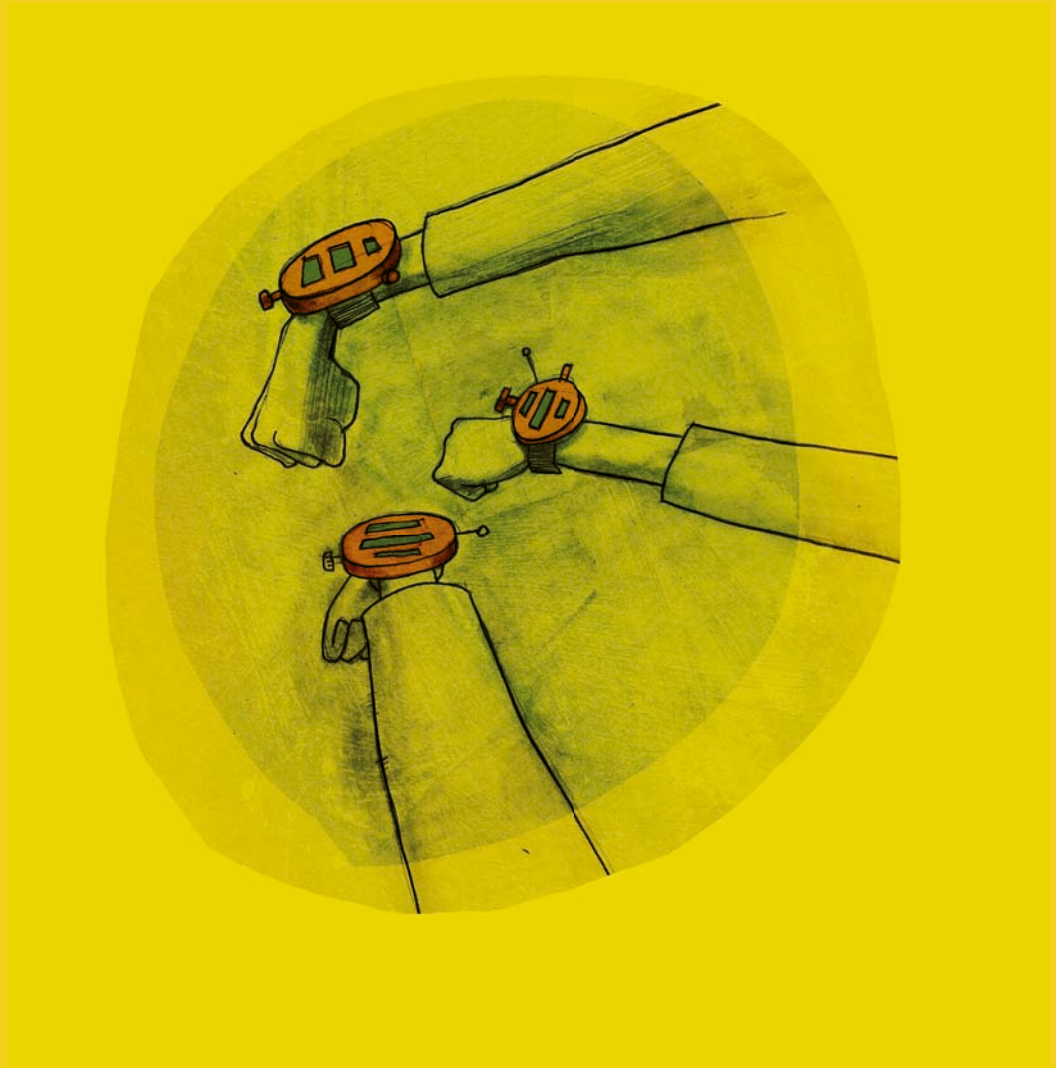
— “¿Quién crees que la ha llamado blandengue?” —preguntó Ramón.

— “No tengo ni idea”.

Habían salido al pasillo. El conserje bajito cerró la puerta detrás de ellos.

— “Gracias” —dijo Regina.

El conserje no contestó pero, cuando Ramón siguió a Regina por el pasillo, casi estuvo seguro de que era la segunda vez que oía reír a ese hombre.



Capítulo 8

EL GRAN ERROR DE RUTH RUPÉREZ

Solo faltaban catorce días para que se estrenara la obra de teatro y ahora ensayaban todas las tardes. Los escenarios ya estaban contruidos. Habían preparado los focos y toda la iluminación. Todos los actores tenían sus trajes. Regina y Reidium estaban cada vez mejor en su papel de hermanas. Como directora, Rebeca estaba cada vez más orgullosa de todo el elenco en general y de cada actor en particular. Ruth Rupérez era una malvada magnífica. Interpretaba tan bien el papel de Ramona Ramírez que aterrizaraba a todos. Se reía como una hiena, lloraba como un cocodrilo, se deslizaba como una serpiente, resoplaba como un rinoceronte y aullaba como un lobo mientras iba de arriba abajo del escenario, como un tigre enjaulado. Cuando abandonaba el escenario ya no gritaba con entusiasmo «Usar y tirar es la melodía de este día». No. En su lugar se volvía hacia la audiencia y, apretando los dientes, les decía con voz incisiva:

— “Si alguno de ustedes se une a «Salvemos el mundo» ¡soy capaz de quemarlo en aceite hirviendo!”

— “Probablemente piense que puede asustar a la gente y convertirlos así en criaturas gaseosas” —dijo Ramón.

Paseaba junto a los demás Gurús de la Lluvia después del ensayo en el que Ruth Rupérez había sido más terrorífica que de costumbre.

— “Sí” —dijo Renata—. “A mí, al menos, me asustó mucho”.

Raúl la miró con cierta sospecha.

— “¿Te asustó hasta el punto de querer convertirte en una criatura gaseosa?”

Renata negó con la cabeza.

— “Desde luego que no”.

— “Está bien que piense que está consiguiendo lo que quiere” —dijo Regina—, “porque consigue justo lo contrario. No consigue amedrentar a nadie para que se convierta en una criatura gaseosa, sino que asusta a un montón de gente tanto que no quieren ser una de ellas”.

— “Estoy de acuerdo” —dijo Regina—. “Es tan terrorífica que todo el mundo le tiene miedo y piensan que deben hacer lo que esté en su mano para neutralizarla. La prueba es que ya no la aplauden”.



Raúl se animó un poco.

— “No se me había ocurrido pensarlo” —dijo despacio—. “Pero creo que tienes razón. ¿Qué crees que hará cuando se de cuenta de lo que pasa?”

— “No estoy segura de que se dé cuenta” —dijo Regina—. “No es una persona muy sutil”.

— “Puede que no” —dijo Rebeca—. “Pero tampoco es tan tonta como parece”.

— “Estoy de acuerdo” —dijo Raúl preocupado—. “¿Qué haríais vosotros si fueseis ella?”

Ramón lo pensó unos segundos y dijo:

— “Si yo fuera Ruth Rupérez intentaría impedir que hiciésemos la obra de teatro”.

Raúl dijo:

— “De acuerdo, pero ¿cómo?”

— “Robando los trajes” —dijo Regina.

— “Saboteando el sistema de luces” —dijo Renata.

— “Negándose a actuar” —dijo Reidium.

— “No” —dijo Rebeca—. “Eso sería admitir que ha perdido. Estoy segura que se le ocurrirá algo muchísimo peor”.

— “Yo también” —dijo Raúl—, “pero ¿qué?”

Ramón se estremeció:

— “Pienso... creo...” —dijo muy despacio—, “ya sé lo que yo haría”.

Los demás le miraron, pero ninguno habló. Esperaban que continuara.

— “Si yo fuera Ruth Rupérez” —prosiguió, consciente de que le temblaba la voz—, “haría lo que está escrito en la obra: secuestraría a uno de nosotros para que el plan no pudiera llevarse a cabo”.

— “¡Creo que tienes razón!” —dijo Regina—. “A mí me secuestraron de verdad, en Jonia”.

— “Es verdad” —dijo Reidium—. “Pero no fue Ronaldo Rodríguez, sino otra persona”.

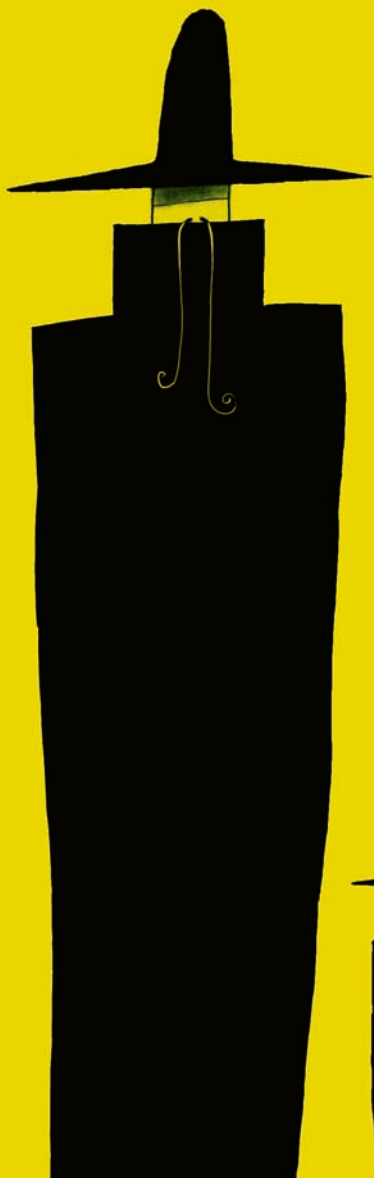
— “Pero no sabemos quién fue” —dijo Renata.

— “No. No lo sabemos” —dijo Regina—. “Pero vamos a tener que averiguarlo”.

— “Sí” —dijo Raúl—. “Y será mejor que nos demos prisa”.

Ramón permaneció callado. Durante mucho tiempo había venido sospechando quién era el traidor, pero no podía probar nada. Todavía no.

Capítulo 9



EL SECUESTRO

Regina desapareció tres días antes del estreno. Era sábado y habían decidido no ensayar. Por la tarde habían previsto reunirse los Gurús de la Lluvia en la casa de Rebeca. Regina y Ramón habían pensado encontrarse en el parque cercano a la casa de Ramón. Ya no quedaba mucho tiempo para que ella volviera a Jonia y no sabían si se volverían a ver algún día. A ninguno de los dos les apetecía despedirse e intentaban verse lo más posible. Cuando Ramón llegó al parque, ella no estaba. Esperó más de una hora y entonces corrió a casa de Rebeca. Allí tampoco estaba.

- “Se fue hace unas dos horas” —dijo Raúl.
- “Para ir a buscarte” —dijo Rebeca.
- “Pues no ha aparecido por donde quedamos” —dijo Ramón.

Todos se le quedaron mirando.

- “¿Crees que ella es...?” —susurró Renata.

La cara de Reidium se puso blanca como la nieve. Se había levantado de la silla.

- “Lo que le ha pasado es que la han secuestrado” —susurró—. “Tal y como Ramón lo había predicho”.
- “Nadie dijo que sería Regina la que desapareciera” —dijo Raúl—. “Dijo que Ruth Rupérez podría secuestrar a alguno de nosotros. Si se le hubiera ocurrido la idea”.
- “Y parece que se le ha ocurrido” —dijo Ramón.
- “No podemos saberlo con exactitud” —dijo Renata—. “Puede que le haya sucedido algo diferente”. Miró a Ramón. “O puede que la haya secuestrado otra persona”.
- “Claro que no ha sido otra persona” —dijo Raúl—. “Ha sido Ruth Rupérez, ella solita”.

No, pensó Ramón para sí mismo. Ella y otra persona. Pero no lo dijo en voz alta.

- “Tenemos que liberar a Regina” —dijo Raúl.
- “Primero tenemos que encontrarla” —dijo Reidium—. “Apuesto a que Ruth Rupérez la tiene escondida en su casa”.

Raúl asintió.

- “Eso creo yo también. Pero ¿cómo vamos a sacarla de ahí?”
- “Tengo un plan” —dijo Ramón, cruzando los dedos.

Su plan era bastante simple. Tenían que ir a casa de Ruth Rupérez, entrar sin que los viera, encontrar a Regina y llevársela. Cuando Rebeca preguntó cómo se suponía que iban a entrar, Ramón le dijo que no habría ningún problema. Ruth Rupérez había dicho a los cuatro vientos que las ventanas de su casa estaban siempre abiertas. Lo único que tenían que hacer era colarse por ellas. Rebeca no estaba segura de que fuera una buena idea.

- “Eso es ilegal” —dijo—. “Es allanamiento de morada”.
- “No es allanamiento de morada” —dijo Reidium—. “Es una operación de rescate”.

Rebeca no estaba convencida.

- “Creo que sería mejor poner el caso en manos de la policía” —dijo.

Raúl negó con la cabeza.

— “No funcionaría. La policía no se cuela por las ventanas. Ellos llamarían al timbre y hablarían con Ruth Rupérez. Y, si la conozco un poco, ella les liaría. No olvidéis que es una fantástica actriz. No. Tenemos que hacerlo nosotros. Eso presenta otro problema, pero creo que sé cómo resolverlo”.

Todos le miraron.

— “Uno de nosotros tiene que hacerla salir de la casa. Me ofrezco voluntario. Iré delante de vosotros, llamaré al timbre y fingiré estar muy excitado por querer ser el primero en decirle que hay una oferta especial de gasolina en una gasolinera. No podrá resistirse a ir corriendo con su coche para llenarlo. Cuando me pregunte en qué gasolinera es la oferta, le diré que no me sé la calle, pero que puedo guiarla hasta ella. Así podré tenerla vigilada y haceros algún tipo de señal cuando esté volviendo a casa”.

— “Eso parece muy peligroso” —dijo Reidium—. “Cuando se dé cuenta de que no hay ninguna oferta en ninguna gasolinera, te secuestrará a ti también”.

Raúl esbozó una pícaro sonrisa:

— “Lo dudo mucho” —dijo—. “Actuaré como si no supiera dónde está la gasolinera. Ahora soy un buen actor” —dijo con una mueca de satisfacción—. “Estaremos dando vueltas con el coche mucho tiempo y, cuando se canse de buscar, será demasiado tarde. Para entonces ya habréis rescatado a Regina”.

— “De acuerdo, Raúl” —dijo Reidium—. “Dejaremos claro a Ruth Rupérez que, si trata de hacer alguna tontería, iremos a decírselo directamente al Director de la Escuela. Y entonces, nuestra criaturita gaseosa ya no tendrá más oportunidades de nada”.

Renata miró a Raúl. Estaba impresionada.

— “Ella ya tiene problemas gordos” —dijo Renata—. “Pero me temo que no puedo. Soy un adulto y tengo responsabilidades. Si voy al Director, no sabría cómo explicarme si se entera de que me he visto involucrada en un allanamiento de morada. Aunque técnicamente haya sido un rescate”.

— “Estoy de acuerdo” —dijo Reidium—. “Además, me parece que esta misión es más bien para pequeños Gurús de la Lluvia y no para los adultos. Nosotros somos más rápidos, más ligeros y más difíciles de atrapar. Lo mejor es que tú te quedes en nuestro escondite. Nos comunicaremos contigo en cuanto pase algo. Llevas reloj ¿verdad?”

Rebeca asintió. Reidium les había dado a todos un reloj especial que también funcionaba como transmisor. Cuando se enviaran señales unos a otros, los relojes vibrarían en sus muñecas. Si había algún peligro, la persona que enviase la señal, conectaría las alarmas de los demás relojes. Eso es lo que decidieron que hiciera Raúl cuando Ruth Rupérez decidiera volver a casa.

— “Me voy” —dijo Raúl—. “Deseadme suerte. Si no recibís ninguna noticia de mí en una hora, es que ya no hay moros en la costa. Deseadme suerte”.



Capítulo 10

EL TRAIADOR

Una hora y diez minutos más tarde, Renata, Reidium y Ramón estaban frente a la puerta de la casa de Ruth Rupérez. Aunque era una tarde gris de septiembre, el cielo estaba tan iluminado como un claro día de julio. La casa tenía tres pisos y tantas habitaciones como un hotel de tamaño moderado. Todas las habitaciones estaban iluminadas con lámparas con bombillas tan potentes que iluminaban, no solo las propias habitaciones, sino también las paredes exteriores de la casa. Rodeaba la casa una especie de camino, iluminado por una infinitud de lucecitas colocadas en la parte superior de unos postes metálicos incrustados en el asfalto. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par, exactamente como Ruth Rupérez había dicho. Los tres Gurús de la Lluvia se miraron entre sí. Tanta luz hacía que sus caras parecieran aún más pálidas de lo que ya estaban de por sí.

— “¿Y ahora qué hacemos?” —susurró Renata.

Si Ramón hubiese podido hacer lo que verdaderamente quería hacer, se hubiera ido corriendo a su casa. Pero ya había llegado demasiado lejos en todo esto. Al fin y al cabo, este plan era suyo y no podía echarse atrás ahora.

— “Tenemos que entrar” —dijo.

— “Ya lo sé” —dijo Renata— “Pero ¿por dónde?”

— “Nosotras dos entraremos por aquí” —dijo Reidium—. “Ramón irá por la parte de atrás. Comprobemos nuestros relojes. El mío marca las siete y veintisiete.”

— “El mío también” —dijo Renata.

— “Y el mío” —dijo Ramón—. “¡No! Espera. Ahora dice las siete y veintiocho”.

— “Y el mío también” —dijo Renata.

— “Eso es porque el tiempo pasa muy deprisa” —dijo Reidium—. “Tenemos que entrar ya. Mandad una señal vibratoria si encontráis a Regina. Si Ruth Rupérez apareciera de repente deberéis...”

— “¿Conectar la alarma?” —dijo Renata.

— “Sí”.

Renata miró hacía el iluminado camino asfaltado.

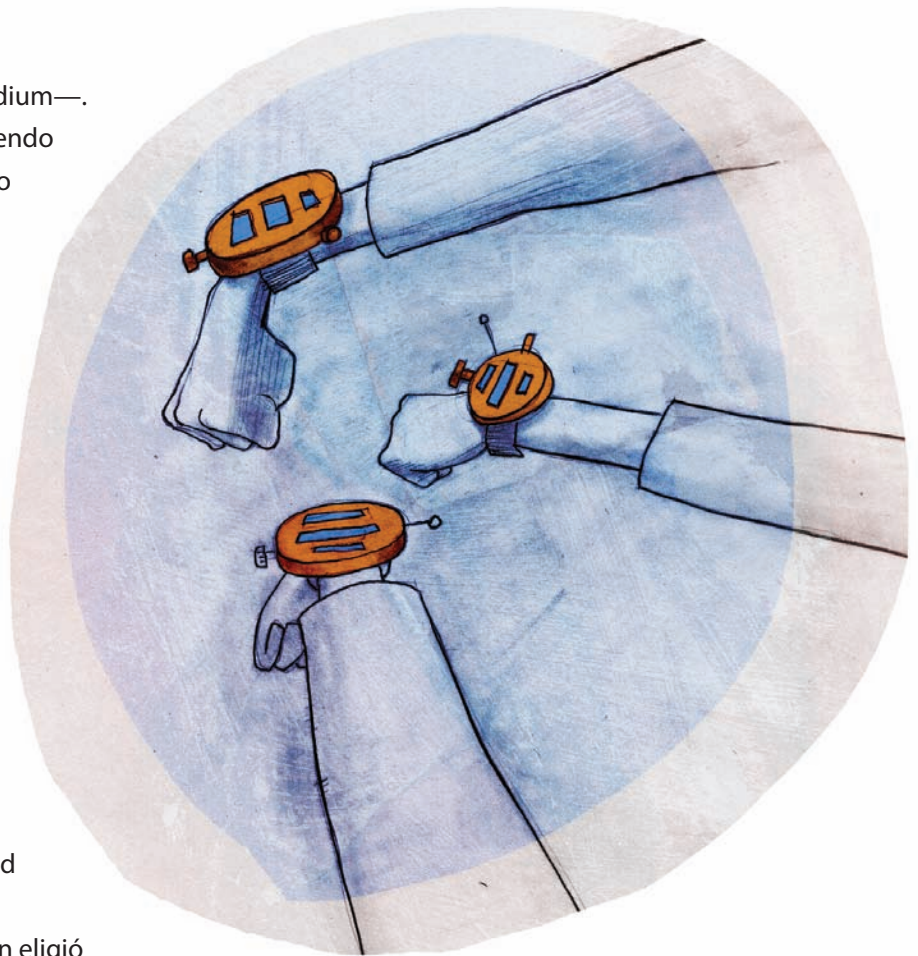
— “Eso no tiene sentido. Si Ruth Rupérez nos descubre lo que tenemos que hacer es salir corriendo. Habremos perdido”.

— “Relájate” —dijo Reidium—. “No aparecerá. Está conduciendo por todo el campo, buscando con Raúl una gasolinera que no existe. ¿Estáis todos preparados? Muy buena suerte. ¡Vamos a conseguirlo!”

Ramón no estaba completamente seguro de ello, pero anduvo por el iluminado camino asfaltado hasta llegar a la parte trasera de la casa, como le había dicho Reidium. Esta parte estaba más oscura. En la pared se abrían por lo menos una veintena de ventanas. Ramón eligió una de las más anchas de la planta baja. Como estaba abierta y era lo suficientemente baja, Ramón se las arregló rápidamente para encaramarse y colarse a través de ella en la casa. Se escurrió dentro, con la cara mirando hacia la ventana. Luego se dio la vuelta. Y se tuvo que poner una mano en los ojos para no quedarse cegado por la luminosidad. Una luminosidad que no provenía de la lámpara del techo, sino de un enorme foco del tipo de los que había en el patio del colegio, para los eventos deportivos. Estaba encendido a toda potencia y hacía aparecer en el suelo unos dibujos como si fuera la superficie solar. Cuando sus ojos empezaron a ajustarse a la cantidad de luz, distinguió partes de varias cafeteras viejas, una bicicleta, una tostadora y otros objetos oxidados. Todo ello mezclado con grandes pedazos de óxido dentro de una gran bañera a medio desintegrar.

La luz del foco hacía que el suelo pareciese un escenario y la bañera una parte del escenario. Ramón tenía la sensación de que ya había visto todo eso antes, pero no sabía ni cuándo ni dónde.

Miró alrededor de toda la habitación pero, a parte del montón de metal oxidado, estaba vacía. Hacía un calor sofocante y, aunque no llevaba allí más de medio minuto, ya estaba sudando a chorros. Bajo la ventana había un radiador eléctrico encendido al máximo. Ramón lo apagó.



Luego desenchufó el foco, se secó el sudor de su frente y salió de la habitación.

Salió a un pasillo iluminado por diez bombillas en el techo. Aunque Ramón llevaba zapatos, podía sentir bajo sus suelas el calor del hilo radiante al rojo vivo, calentando por debajo de las baldosas. Pegadas a una pared había una fila de sillas de hierro oxidadas. En la otra pared había cinco puertas. Como Ramón no sabía cuál de ellas abrir y como el calor del suelo se estaba haciendo completamente insoportable, entró por la que tenía más cerca. Había entrado en la cocina y se quedó boquiabierto con la visión.

El suelo de la cocina estaba completamente cubierto de basura, trozos de comida, bolsas de plástico, botellas de plástico, tarros de mermelada, envases de sopa, papel de aluminio, filtros de café, cartones vacíos e, incluso, medio llenos de leche; tomates podridos, mohosas rebanadas de pan, botellas vacías de Roñicola; platos y vasos de papel, cuchillos, cucharas, tenedores y vasos de plástico, latas vacías y, algunas, a medio terminar. Y muchas otras cosas que Ramón fue incapaz de reconocer, salvo que eran basura y olían tan mal como deberían.

El hedor era insoportable. Si embargo, él permaneció donde estaba, con la boca abierta.. Por segunda vez en los últimos minutos tenía la sensación de haber vivido ya todo esto otra vez. Era como si le hubieran activado una memoria en su cerebro.

El olor a podrido que llegó hasta él cuando intentó tomar aliento le hizo darse cuenta de que la situación era algo más que una memoria insertada en su cabeza: era real. Y esa realidad olía horrible.

Se fue de la cocina, corrió por el pasillo y entró por la siguiente puerta. Entró en un cuarto de baño en el que el agua corriente salía por todos los grifos. Adosado a la pared había un amplio jacuzzi borboteante. En un estante, al lado del baño, había cuatro toallas grandes, recién lavadas y planchadas. Ramón estaba en ese momento en disposición de tomar un baño de burbujas. Se sentía sucio solo por haber estado treinta segundos en aquella cocina. Miró anhelante aquellas burbujas por un momento y, luego, salió corriendo de nuevo al pasillo.

La siguiente habitación en la que entró no era una habitación, sino una despensa. Y estaba llena. Estaba llena de peonzas. Reidium le había dicho que alguien había estado robando todas las peonzas de los Gurús de la Lluvia del colegio. Pues aquí estaban. Y era Ruth Rupérez la que las había robado. Ramón no se sorprendió mucho, pero empezó a sentirse cada vez más enfadado con Ruth Rupérez. ¡Ladrona!, ¡Secuestradora!, ¡Derrochadora energética! ¡Contaminadora! ¿Qué clase de persona era? Se mordió el labio. Lo que era, era una criatura gaseosa y no una cualquiera. Ruth Rupérez era la peor criatura gaseosa que se paseaba por La Tierra, polucionando el medioambiente. Era una

amenaza porque ponía en riesgo la supervivencia de La Tierra. Pero ahora tenía que olvidar eso. Debía tener cuidado. Si ella le descubría, sería capaz de cualquier cosa. La peor imaginable.

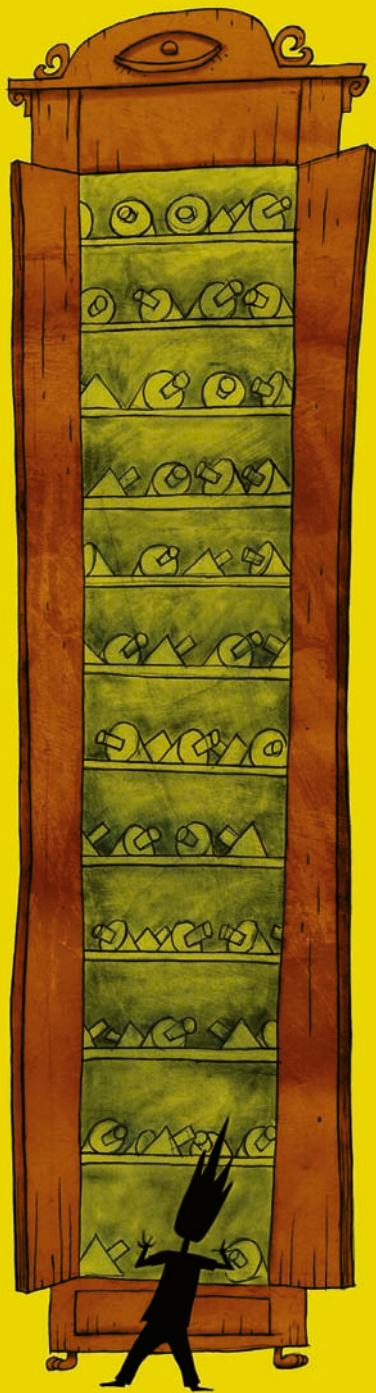
Ramón volvió de nuevo al pasillo y entró, por una nueva puerta, en un despacho que tenía un amplio escritorio bajo la ventana. La ventana estaba abierta, naturalmente. Y tenía una espectacular vista de la central eléctrica al otro lado de la calle.

El escritorio estaba hecho de madera. Tenía una placa de metal atornillada en una pata, que decía: «AUTÉNTICA MADERA DE LA SELVA TROPICAL». Delante del escritorio había una silla, tapizada de piel gris azulada, con la forma de una trompa de elefante. En el suelo, cerca de la ventana, había un oso panda disecado.

Ramón se acercó al escritorio y abrió uno de los cajones. Dentro había un montón de dibujos. Le recordaron a algo que había visto antes. ¿Dónde?, se preguntó. De repente se acordó: en Jonia. Había bocetos de casas-coche. ¿Estaba planificando Ruth Rupérez producir casas-coche en La Tierra también? Probablemente. Las cosas iban de mal en peor.

Abrió otro cajón y sacó una carpeta con hojas sueltas. Parecía un libreto como los que usaban para los ensayos de la obra de teatro del colegio. Ramón abrió la carpeta. En la primera hoja, escrito con un grueso rotulador negro, se leía:





Capítulo 11

LA TIERRA SE OXIDARÁ UN DRAMA ENERGÉTICO DE RUTH RUPÉREZ Y B.R.

Pasó La primera página. La siguiente comenzaba con estas palabras:

Escena Primera:

2050, AÑO DE LA TIERRA.

UN MONTÓN ESTUPENDO DE BASURA DELANTE DEL CASTILLO.

UN GRUPO MAREADO DE CRIATURAS GASEOSAS ENTRAN BAILANDO EN EL ESCENARIO.

LAS CRIATURAS GASEOSAS CANTAN:

*Imagina que La Tierra fuese un lago
De aguas potables negras,
Densas, pegajosas
Y en todos sitios verlas,
Para todos los hombres y en todas las tierras.*

*Un cohete o un avión
Al colegio, ida y vuelta,
Para todos los niños
Y niñas del planeta.
¿No sería estupendo?
¿Una súper-meta?*

*¡OH! Deja el planeta oxidarse.
Creemos que lo mejor es contaminarse.
Ven a encender cualquier cosa.
Gastar agua, luz, gasofa.
Venid a cantar el himno
De las criaturas gaseosas.*





Capítulo 12

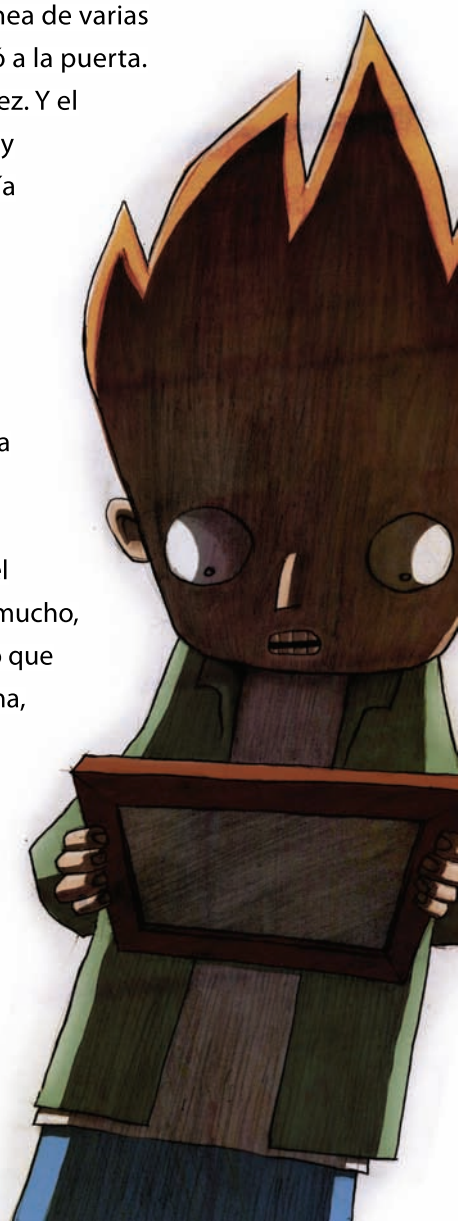
UN ESPELUZNANTE GURÚ DE LA LLUVIA APARECE EN ESCENA

Ramón dejó caer la carpeta en el escritorio, se sentó en la silla y se secó el sudor de la frente. Esto era, desde luego, un libreto de teatro, pero no el que él había escrito. Era el libreto de una obra de la propia Ruth Rupérez. En su obra, los Gurús de la Lluvia no eran los héroes, sino las criaturas gaseosas. Su canción no era «Deja a nuestro planeta vivir», sino «Deja que el planeta se oxide». Ruth Rupérez había secuestrado a Regina porque jugaba un papel en la obra de los Gurús de la Lluvia. Eso significaba que el estreno debería ser cancelado. «Qué mala suerte», diría Ruth Rupérez. Pero afortunadamente ella tenía otro plan de reserva. Quizá incluso había empezado ya a ensayar la nueva obra. En secreto. Con ayuda de B. R. Y ¿quién era B. R.? Ramón no sabía quién podía ser. A menos que... Se levantó de la silla y dio media vuelta. Cerca de la puerta había una fotografía en la que no había reparado anteriormente. Era una instantánea de varias personas, pero estaba demasiado lejos para percibir sus caras. Se acercó a la puerta. Eran un hombre y una mujer. La mujer era, definitivamente, Ruth Rupérez. Y el hombre le sonaba familiar, también. Tenía el pelo rubio y no parecía muy mayor. La foto tenía un marco. Encajada en una esquina del mismo había otra fotografía. Era una pequeña instantánea de un niño. ¿A quién le recordaba ese niño? Sí. El niño era...

Aunque en la habitación hacía un calor impresionante, Ramón sintió un escalofrío y se estremeció. De repente todo parecía encajar para él: el montón de basura oxidada en la habitación que parecía un teatro, la basura en la cocina, los planos de las casas-coche...

Había acertado en sus sospechas, pero se había equivocado en el porqué el traidor era un traidor. Ahora lo entendía. Lo que acababa de descubrir era mucho, mucho, muchísimo peor de lo que había supuesto. Estaba tan sobrecogido que a penas podía apretar la alarma de su reloj. Cuando lo consiguió, otra alarma, ensordecedora, resonó por toda la casa de Ruth Rupérez. Ramón empujó la puerta y echó a correr por el pasillo. Tenía que encontrar a los demás y salir de allí lo más pronto posible. ¡Ya!

Aunque solo tenía que recorrer unos metros, le pareció que había corrido durante varios minutos. Cuando llegó a la puerta más alejada, entró por ella y se agachó sobre sí mismo, para tomar aliento. Cuando



se incorporó, miró dentro de la pequeña habitación. Había un sofá frente a una gran televisión de plasma. En el sofá, de espaldas a él, estaban sentadas tres personas. Una oleada de tranquilidad invadió a Ramón cuando se dio cuenta de que eran Renata, Reidium y... Regina.

— “¡Lo hemos conseguido!” —exclamó—. “¡Hemos ganado! Ahora tenemos que salir de aquí”.

Los tres se volvieron hacia él, pero siguieron sentados en el sofá.

— “¡Venga! ¡Daos prisa, antes de que sea demasiado tarde! Ya sé quién ...”

Se paró a la mitad de la frase. Los del sofá seguían callados. Algo iba mal, pero no supo qué era hasta que oyó una voz inconfundiblemente familiar detrás de él.

— “Desafortunadamente para ti, ya es demasiado tarde”.

Ramón se dio la vuelta despacio. Allí estaban. Ruth Rupérez y el traidor. Raúl sonrió inocentemente a Ramón.

— “Los cogimos” —dijo Raúl—. “Y ahora también te hemos cogido a ti. Así que eso quiere decir que no habrá ninguna obra de teatro de Gurús de la Lluvia ¿no?”

Ramón abrió la boca. Luego la cerró. Y luego la volvió a abrir otra vez.

— “Y ahora, caballerito, ¿hay algo que quieras decir?”

Ramón negó con la cabeza.

— “Muy bien. Pues lárgate” —le dijo Ruth Rupérez.

— “Sí” —dijo Ramón con voz entrecortada—, “sólo querría saber una cosa”.

Miró a Raúl.

— “¿De qué color es realmente tu pelo? Quiero decir ¿de qué color era tu pelo al nacer?”

Por un momento, Raúl se quedó de piedra. Pero entonces miró fríamente a Ramón y sonrió.

— “Blanco” —dijo, quitándose la peluca negra que llevaba.



¡Así que Raúl era el traidor! Ramón había sospechado de él durante mucho tiempo. De hecho debería haber sido evidente cuando propuso construir chimeneas que llegaran más allá de la capa de contaminación. Así todo lo que contaminásemos no podría hacernos daño, había dicho. Cualquiera Gurú de la Lluvia sabía que esa teoría no era buena. No es lo lejos que se lleve la contaminación lo que soluciona el problema. El problema surge de la contaminación misma, esté donde esté. Raúl incluso había propuesto que los jonianos se duchasen veinte veces al día. Ruth Rupérez había sugerido lo mismo. Oh, sí. Esa era la mejor forma de ahorrar agua y energía ¿verdad? Fue Raúl quien le dio el spray de azúcar que debería usar con Óxido, el perro guardián de Ronaldo Rodríguez. A Óxido le encantaba el spray de azúcar. Si le hubiera dado una pequeña dosis, se hubiera relajado y se hubiera ido a dormir. Si se le daba más de la cuenta empezaba a rebotar, hiperactivo. Ramón sólo había rociado unos segundos al perro y éste había comenzado a dar saltos y brincos como un campeón olímpico de gimnasia. Obviamente, varazón había sido que Raúl había saboteado el spray para que Óxido recibiera mayor cantidad de azúcar de la que debía. Ramón se había ido convenciendo más de que el traidor era Raúl, pero no estuvo seguro hasta que vio la foto de la pared y comprendió por qué.

— “Sí” —dijo—. “Es lo que pensaba. Tienes el pelo blanco. Lo siento mucho por ti”.

Raúl le dirigió una gélida mirada.

— “No lo sientas por mí” —replicó—. “Siéntelo por vosotros. Porque sois vosotros los que estáis prisioneros”.

Ruth Rupérez asintió.

— “Eso es” —dijo ella—. “Naturalmente seguiréis aquí encerrados hasta que Bernardo y yo estrenemos nuestra obra de teatro”.

Los tres Gurús de la Lluvia miraron atónitos a Raúl.

— “¿Te llamas Bernardo?” —preguntó Regina.

— “Sí” —dijo Ruth—. “Se llama Bernardo. Siempre me gustó ese nombre”.

— “¿Qué a usted siempre le gustó ese nombre?” —dijo Renata—. “¿Y qué tiene que ver usted con su nombre?”

— “Me temo que bastante” —contestó Ramón—. “Usted es su madre ¿verdad?”

Ruth Rupérez acarició el pelo blanco de Raúl.

— “Sí, lo soy” —dijo tiernamente—. “Bernardo es mi hijo querido”.

— “¿Eso quiere decir que no eres un joniano?” —preguntó Reidium.

Raúl asintió con la cabeza.

— “¿Eso quiere decir que no eres terrestre?” —preguntó Renata.

Raúl volvió a asentir con la cabeza.

— “Y entonces ¿qué eres?” —preguntó Reidium.

— “Es...” —empezó a decir Raúl. Pero se interrumpió al ver a Regina cada vez más roja y a punto de explotar. Y explotó.

— “¡Vosotros dos no tenéis ninguna oportunidad!” —exclamó muy enfadada—. “Cuando los demás se den cuenta de que no estamos, nos vendrán a buscar y, entonces, Rebeca revelará que nos habéis secuestrado y vuestro jueguito quedará descubierto. ¡Deberíais convertirnos en malvados ahora mismo!”

Ruth Rupérez se restregó la nariz.

— “Rebeca, sí,” —dijo muy contenta—. “Pobre Rebeca”.

Hizo una seña a Raúl, que fue a abrir un gran armario en un rincón de la habitación. Dentro estaba Rebeca, atada y amordazada.

Ruth Rupérez aflojó la mordaza de su boca.

— “Ahora, querida Rebeca” —dijo—, “probablemente tengas mucho que contar a tus amigos”.

Ramón miró con desesperanza a los otros Gurús de la Lluvia.

— “Lo siento” —dijo Rebeca avergonzada—. “Cuando os marchasteis, yo me sentí culpable por no acompañaros. Conozco a Ruth y pensé que tendría algún truco en la manga”.

— “Y tenías razón” —dijo Raúl—. “Me tenía a mí en la manga”.

— “Así que os seguí” —continuó Rebeca—. “Pensé que, si alguno de vosotros tenía problemas, yo estaría ahí para ayudar. Pero cuando llegué...”

— “Cuando llegaste, te estábamos esperando” —dijo Ruth Rupérez—. “Te conozco tan bien como tú a mí. Estaba segura de que no dejarías a cuatro pequeños Gurús de la Lluvia entrar en mi casa solos”.

— “Mi madre no es tonta ¿sabes?” —dijo Raúl.

Los gurús de la Lluvia parecían derrotados, pero Regina todavía no se daba por vencida.

— “La gente nos echará de menos, de todos modos” —dijo—. “Iniciarán nuestra búsqueda”.

— “Eso pienso yo también” —dijo Ruth—. “Bernardo, léeles la carta”.

Raúl (Ramón aún no se había acostumbrado a llamarle Bernardo) desdobló un papel.

— “Esta es una carta para la Dirección del colegio” —dijo—. “Y está fantásticamente escrita. ¡Eres una escritora magnífica, mamá!”.

Ruth Rupérez volvió a acariciar el pelo blanco de Raúl.

— “Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Lee”.

— “Muy bien” —dijo Raúl mirando orgulloso a los Gurús de la Lluvia—. “Escuchad”.

A la atención de la Dirección:

Los alumnos que vinieron para una semana de prácticas, han sido llamados de nuevo a casa y algunos de nuestros alumnos van a ir ahora con ellos, para corresponder la visita. Siento no haber podido notificarlo antes, pero ha sido un imprevisto. Yo misma acompañaré a los alumnos. Dejo la supervisión del grupo de teatro a mi excelente colega, Ruth Rupérez. Ella, no solo es una persona entusiasta y enérgica, sino que tiene una visión muy especial de los problemas medioambientales. En comparación con ella, yo me siento anticuada sin remedio. Mis estudiantes y yo esperamos estar de vuelta en unas dos semanas. Espero que podamos llegar a tiempo de presenciar el estreno de la obra de teatro de Ruth Rupérez «Nuestra tierra se oxidará».

Atentamente: Rebeca Reina.

Raúl tendió la carta a Ruth Rupérez, que se la tendió a su vez a Rebeca.

— “Aquí está su carta, señorita Rebeca” —dijo con una dulce voz—. “Todo lo que tiene que hacer es firmarla. Yo la echaré al correo”.

— “No podría firmarla aunque quisiera” —dijo Rebeca con acritud—. “Tengo las manos atadas”.

— “¡Ay, ay, ay! ¡Qué despistada soy!” —dijo Ruth Rupérez burlándose—. “Veamos lo que haces cuando tengas las manos libres”.

— “Yo lo haré, mamá” —dijo Raúl empezando a desatar las muñecas de Rebeca.

— “No te molestes” —dijo Reidium—. “Nunca firmará esa carta ¿verdad Rebeca?”

Rebeca la miró tristemente, mientras se frotaba las muñecas para que la sangre volviera a circular por ellas.

— “Me temo que debo hacerlo” —dijo con voz queda—. “Porque si no, ella y Ra..., quiero decir Bernardo, desencadenaran una acción medioambiental verdaderamente terrorífica en la escuela”.

Raúl aplaudió rabiosamente:

— “Será mejor que la creáis. Movilizaremos a toda la escuela. Haremos que todos consuman sin freno y contaminen lo más posible ¿verdad mamá?”

Ruth Rupérez sonrió.

- “Incitaremos a gastar y contaminar sin contemplaciones”.
- “Entonces contaminarán y gastarán todo lo que puedan” —dijo Reidium.
- “Pero, si firma esa carta, habremos perdido” —dijo Ramón.
- “Por favor, no lo haga” —imploró Regina.
- “¡Por favor!” —dijo Renata.

Ruth Rupérez le había dado a Rebeca una pluma para firmar y estaba a punto de hacerlo. Pero ahora dudaba.

- “No sé...”
- “Haz lo que quieras” —dijo Ruth Rupérez sonriendo perversamente—. “Es tu medioambiente”.
- “¡No! ¡No lo es!” —dijo una vocecita que se pudo oír claramente.

Todo el mundo se sobresaltó y miró hacia la puerta. Sin que nadie se diera cuenta, dos personas habían entrado en la habitación. Dos nuevos personajes. Uno al lado del otro. El bajito y el alto. El bajito, con los ojos casi cubiertos por el ala del sombrero y el bigote colgando, se encaró a Ruth Rupérez. Después de mirarla fijamente unos segundos, le dijo con una voz tan clara como cuando le dijo a Rusta Alberta que era un esperpento:

— “El medioambiente de nuestro colegio es parte de La Tierra y La Tierra pertenece a toda la humanidad”.

Capítulo 13



EL SECRETO DE LOS CONSERJES

Ramón se sintió muy aliviado cuando reconoció la voz.

— “Rubén ¿eres tú?”

El pequeño Gurú de la Lluvia se quitó el bigote falso y sonrió de oreja a oreja.

— “En persona. Todo lo pequeño que soy” —dijo—. “Pensé que quizá necesitáseis mi ayuda. Así que aquí estoy. Y me he traído a un amigo”.

— “Eso es” —dijo el conserje alto—. “Yo también he decidido venir. En nombre de la justicia”.

Ramón le sonrió:

— “Y para reunirte con tu familia también, quizás”.

El conserje alto asintió:

— “Eso es. Principalmente para reunirme con mi familia”.

Se quitó el sombrero con una mano y el bigote con la otra. Sus ojos brillaron y una hermosa mata de pelo blanco apareció sobre su cabeza. Abrió los brazos y se dirigió a Ruth Rupérez, diciendo con una voz a la vez dulce y ruda:

— “¡Querida mía!”

Ruth Rupérez se quedó helada mirándole, por un segundo. Se quedó boquiabierta y con los ojos como platos. Luego, poco a poco, se fue poniendo roja. Pero esta vez no era porque estuviera enfadada. Al contrario, era porque estaba muy feliz. Corrió con sus brazos regordetes abiertos hacia él y le abrazó.

— “¡Ronaldo! ¡Querido Ronaldo! ¿Eres tú de verdad?”



Ronaldo Rodríguez la besó.

— “¡OH Ruth, mi amor!, soy yo y nadie más que yo”.

— “Eres tú con otra persona más” —dijo Rubén sin que le oyera Ronaldo Rodríguez.

Los ojos de Ronaldo habían pasado de Ruth a Raúl y se habían quedado en él, tiernamente.

— “Hijo mío” —dijo despacio—. “Yo soy Ronaldo Rodríguez y soy...”

— “Mi padre” —dijo Raúl quedamente—. “Mamá me ha hablado de ti. Tú eres mi verdadero padre ¿verdad?”

— “Sí” —dijo Ronaldo Rodríguez—. “Soy tu verdadero padre. Espero que puedas perdonarme”.

— “¿Perdonarte?” —exclamó Raúl—. “¡Te he admirado desde que tengo uso de razón! ¡Eres el mejor padre del mundo!”

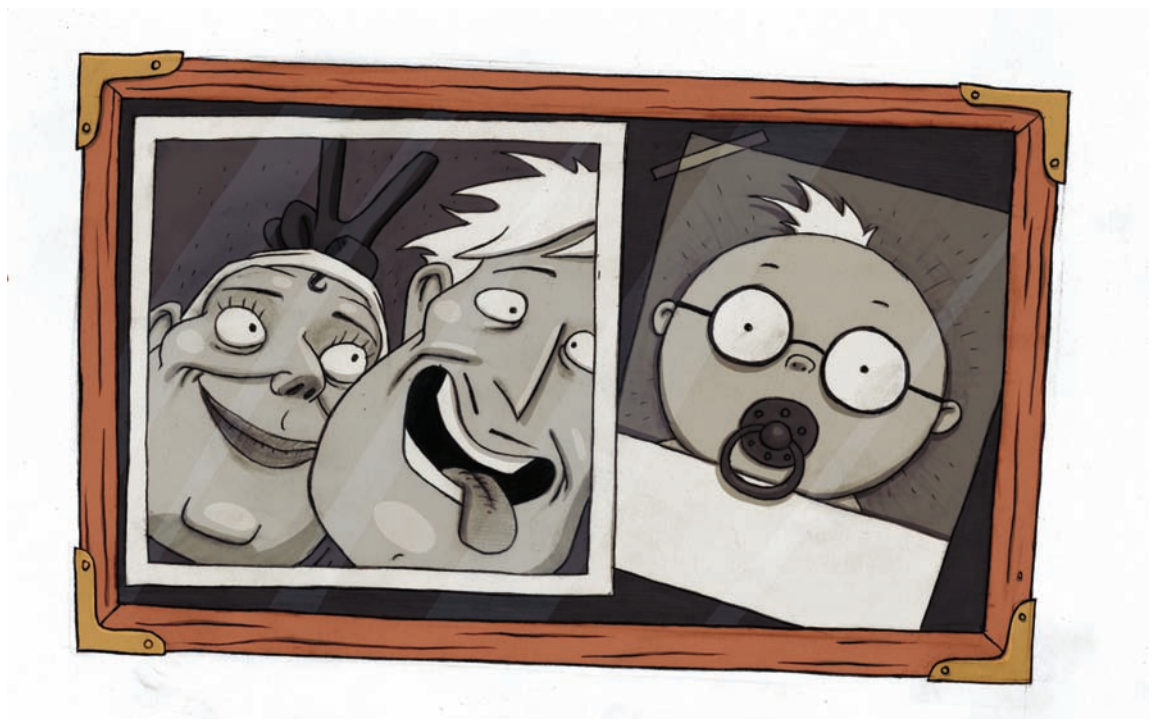
Al instante siguiente, él y Ruth achuchaban a Ronaldo Rodríguez, que lloraba de alegría.

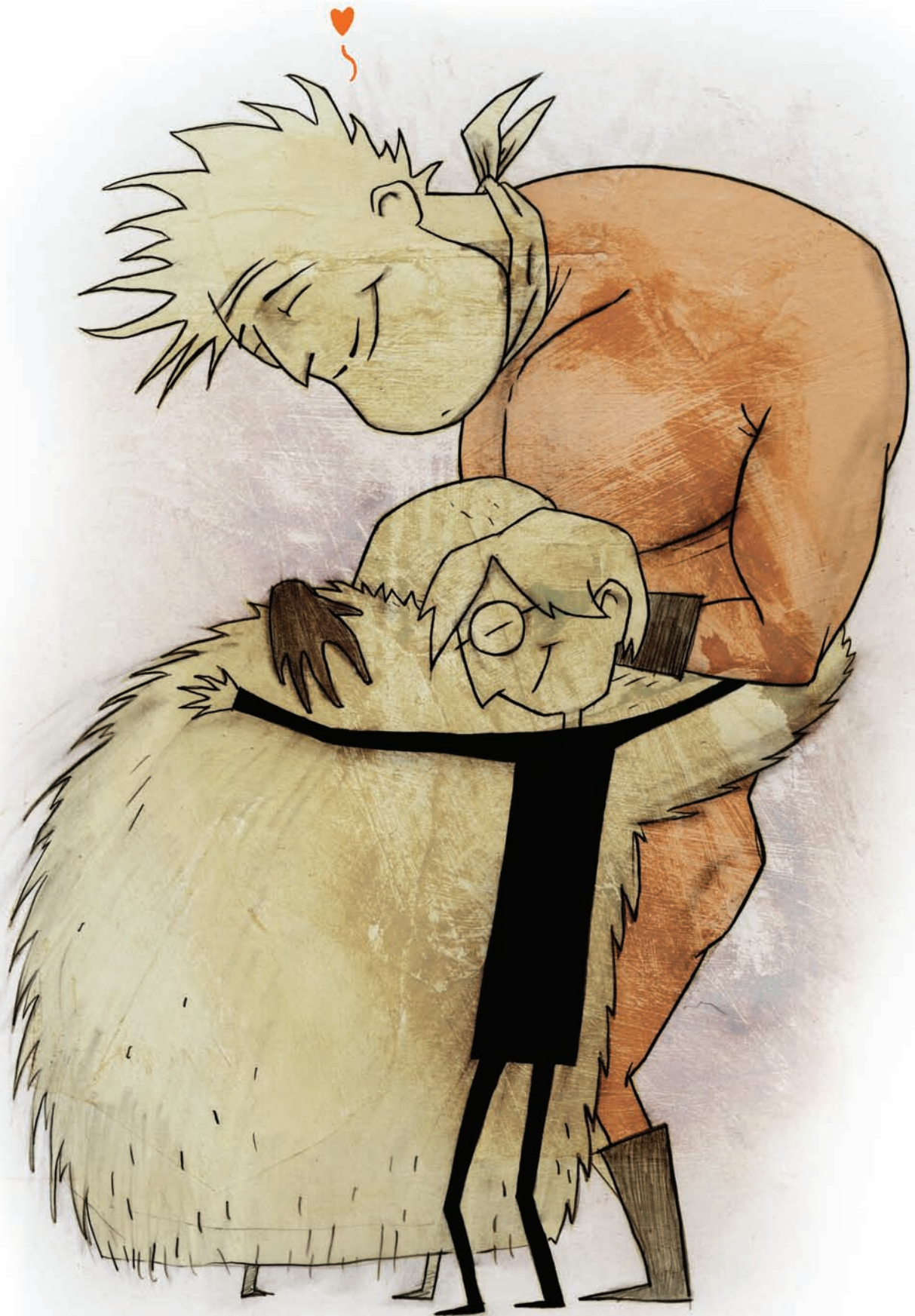
Era todo tan emotivo que Raúl casi se olvida de que allí había dos criaturas gaseosas muy peligrosas. La voz de Regina le devolvió a la realidad:

— “Bueno” —dijo mirando a Ramón—. “Son tan dulces como la miel y siento ganas de llevármelos a mi casa, pero ¿quieres decirme qué está pasando? No entiendo nada”.

— “Hay una foto antigua en un marco en la pared del estudio de Ruth Rupérez” —dijo Ramón—. “Es de una pareja abrazándose. No es difícil saber que estaban enamorados”.

— “¡Ruth Rupérez y Ronaldo Rodríguez!” —dijo Reidium.





— “Sí, pero en el marco había también otra foto. Y esa foto era de...”
— “¿Raúl?” —aventuró Regina.
— “Sí. Efectivamente, soy yo. Sólo que mi nombre no es Raúl, sino Bernardo Rodríguez”.

Claro, pensó Ramón para sí. Él es el de las iniciales B. R.

Ruth Rupérez le acarició el pelo.

— “Mi pequeño con ricitos plateados” —dijo.
— “Y mío” —dijo Ronaldo Rodríguez.
— “Sí” —dijo Ruth Rupérez—. “Nuestro pequeño ricitos de plata”.
— “Estupendo” —dijo Rebeca, un poco impaciente—. “Ahora que todo eso está claro, me gustaría oír la historia desde el principio”.

Ruth Rupérez y Ronaldo Rodríguez se miraron uno a otro.

— “¿Se lo cuentas tú o se lo cuento yo?” —preguntó Ruth Rupérez.
— “Puedes contarle tú, querida” —dijo Ronaldo Rodríguez.
— “Tú también puedes contárselo” —dijo Ruth Rupérez besándole en la mejilla.
— “Sugiero que me lo contéis los dos a la vez” —dijo Regina—. “A ver si acabamos de una vez”.

— “Buena idea” —dijo Ruth Rupérez. Y empezó a contar.
— “Siempre he pensado que es mejor consumir que ahorrar energía...”
— “Eso ya lo sé” —suspiró Rebeca—. “Porque eres una inconsciente”.
— “Es verdad” —dijo Ruth Rupérez—. “Pero tengo sentido del humor y eso no está mal”.

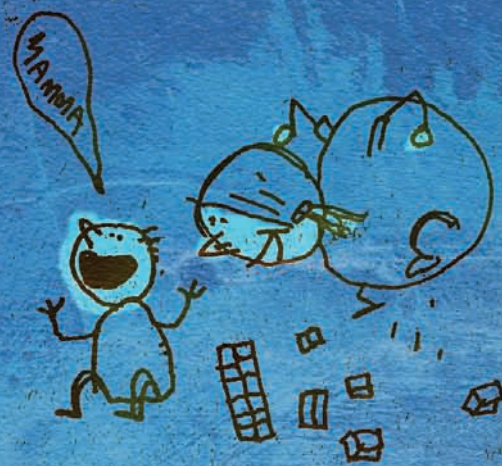
— “Eso no es suficiente” —dijo Rebeca—. “El sentido del humor no sirve para nada si no eres capaz de aprender cómo preocuparte por los demás”.

— “Exactamente ese era mi problema cuando era niña” —continuó Ruth Rupérez—. “No conseguía preocuparme por nadie ni cuidar de nadie, salvo de mí misma. Y, en un momento determinado me encontré más sola que la una. Para ser sincera no me sentía bien aquí en La Tierra. Siempre estaba sola. Mientras las otras niñas jugaban con sus muñecas, yo recogía bolsas de basura y las desparramaba por la calle. Mientras los demás se echaban la siesta, yo me deslizaba por la casa abriendo todos los grifos y encendiendo todas las luces. Era mi forma de pasarlo bien. Cuando mi hermana pequeña jugaba con sus legos, yo era rapidísima pisándolos y aplastándolos. También era divertido. Cuando los chicos hacían casas en los árboles yo me escondía en la esquina, con mi martillo y mi hacha y os garantizo que, al día siguiente, no quedaba nada en pie”.

— “¿Les rompías sus casas en los árboles?” —preguntó Renata indignada—. “¡Vaya cosa más despreciable!”

tir

ons



— “No es despreciable” —dijo Ruth Rupérez un poco sorprendida—. “Todos somos diferentes ¿no? Unos disfrutan construyendo y otros destruyendo”.

Los Gurús de la Lluvia se miraron unos a otros. Se dieron cuenta de que no valía la pena protestar. Ruth Rupérez era una criatura gaseosa incorregible. Ella continuó su historia.

A medida que iba creciendo, cada vez se sentía más a disgusto en La Tierra. Se aislaba cada vez más y casi siempre estaba sola. Una noche salió a desparramar basura en un remoto camino forestal. Entonces fue cuando descubrió una peonza, a un lado del camino. Parecía el objeto perfecto para destruir. Lo que ella no sabía era que esa peonza no era una peonza cualquiera: era una peonza de Gurú de la Lluvia. Ruth Rupérez la zarandeó con tanta fuerza que se elevó. Y ella se elevó con la peonza. Lo siguiente que recordaba era que estaba volando por los aires. Finalmente aterrizó en un planeta que era exactamente como ella hubiera querido que fuese La Tierra. El planeta, por supuesto, era Jonia. A Ruth Rupérez le encantó el modo de vida de Jonia y, cuando conoció a Ronaldo Rodríguez, fue la primera vez en su vida que se enamoró de otra persona. Ronaldo, por su parte, quedó prendado sin remedio de esa enérgica mujercita que era la más forofa del consumo que él hubiera encontrado nunca. La relación no duró mucho. Después de todo, eran de mundos diferentes. Ruth Rupérez quería volver a su casa. ¡Tenía tantas ideas de lo que podía hacer para influir en el desarrollo del consumo en su planeta! Entre otras cosas, pensaba que los diez mandamientos de Jonia podrían ser aplicados también en La Tierra:

1. *Debes pensar sólo en ti mismo.*
2. *No debes ahorrar energía.*
3. *Debes usar la mayor cantidad de todo que puedas.*
4. *Debes dejar funcionando la calefacción durante todo el año.*
5. *No debes ir andando a la escuela.*
6. *No debes montar en bici.*
7. *Debes gastar lo que tienes, tan rápido como puedas.*
8. *No compartas nada con nadie.*
9. *Nunca debes apagar las pantallas.*
10. *Tienes que limpiarte los dientes siempre con un cepillo eléctrico.*

Antes de que Ruth Rupérez volviera a casa montada en una peonza mágica (había aprendido cómo funcionaban), le dio a Ronaldo Rodríguez una carta, con la condición de que no la leyera hasta que ella se hubiera ido. La carta decía así:

Querido Ronaldo:

Muchas gracias por el maravilloso tiempo que hemos pasado juntos. Me hubiera encantado quedarme contigo, pero yo pertenezco a La Tierra. Muchas tareas me están esperando allí. Hay que construir auto-casas, calentar las calles y construir

centrales eléctricas y nucleares, para que nadie tenga frío nunca más. Tenemos que encontrar más petróleo y más gas, para que se puedan construir más artefactos que funcionen con ellos y se pueda viajar tanto como se quiera. Como ves, queda mucho por hacer. Y, además, planeo crear una organización que promocióne esta clase de pensamiento de forma clandestina. He pensado llamarla «las criaturas gaseosas». ¿No te parece un nombre gracioso? Pero, querido Ronaldo, no te estoy escribiendo para contarte estos planes, sino por otra razón muy diferente. Estoy embarazada. Espero un niño. Mi hijo, tu hijo, nuestro hijo. Por favor, no te pongas triste. Aunque tú vivas en Jonia y yo en La Tierra, nuestro hijo estará un día más cerca de ti de lo que imaginas. Te lo prometo.

Vive tranquilo, mi querido y contaminador Ronaldo.

Tuya y ensuciadora para siempre, Ruth.

Seis meses después de haber vuelto a La Tierra, Ruth Rupérez dio a luz a un niño al que llamó Bernardo. El niño parecía un humano de verdad, salvo que tenía el pelo blanco. Ruth Rupérez le educó para ser una buena criatura gaseosa y le enseñó que sus peores enemigos eran los Gurús de la Lluvia. Cuando Bernardo creció, su madre le enseñó a usar su peonza mágica. Pensaba sacarle de la escuela y enviarle a Jonia, donde había Gurús de la Lluvia por todas partes. Le envió a vivir con una criatura gaseosa que era arquitecto y le enseñaron a pasarse por Gurú de la Lluvia para sabotear sus planes. En Jonia, le dieron una peluca negra y le cambiaron el nombre por el de Raúl, que era un nombre de Gurú de la Lluvia. Pero lo que no sabía era que la verdadera razón para que Ruth Rupérez le enviara a Jonia era que pudiera estar cerca de su padre y le ayudase.

En este punto Ronaldo Rodríguez la interrumpió:

— “Y te aseguro que lo hizo” —dijo mirando orgullosamente a su hijo—. “Si hubiera sabido que eras mi hijo, te hubiera dicho lo orgulloso que me sentía de ti”.

— “Ya lo sé” —dijo Ruth Rupérez—. “Pero no me atreví a decíroslo a ninguno de los dos. Temía perder a Bernardo para siempre. Después de todo, solo soy una simple maestra de La Tierra, mientras que tú eras el líder de toda Jonia”.

Ronaldo Rodríguez se aclaró la garganta. Sonó como si un coche diera un frenazo.

— “Bueno... eso ya no es así” —dijo—. “Ya no soy el líder de Jonia. Ahora soy el líder de Roñilandia. He venido aquí a preguntarte si...”

De repente Ruth Rupérez parecía triste.

— “¿Venías a preguntarme si Bernardo se iría contigo?”
— “Sí” —contestó Ronaldo Rodríguez—. “He venido a preguntar si se viene conmigo”.

Bernardo miró a Ronaldo Rodríguez como si eso fuera lo que él más hubiera deseado en esta vida.

— “¿Quieres que me vaya contigo, papá?”
— “Sí”.
— “¿A un lugar en el que pueda beber toda el agua contaminada que quiera?”
— “Sí”.
— “¿Dónde la comida está podrida?”
— “Sí”.
— “¿Dónde no nos lavemos para quedar limpios, sino para ensuciarnos?”
— “Sí”.
— “¿Dónde no nos muramos, sino que nos oxidemos?”
— “Sí, hijo mío” —dijo Rolando Rodríguez—. “Vente a casa conmigo. Vente a Roñilandia”.

Ruth Rupérez le miró con los ojos turbios de pena.

— “Siempre supe que este momento llegaría, Bernardo” —dijo—. “Puedes irte, por supuesto. No estás hecho para vivir en La Tierra. No puedes soportar el aire fresco, el agua limpia y la comida saludable. Vete a Roñilandia con papá: allí es a donde perteneces”.
— “¡Gracias, gracias, gracias mami” —dijo Bernardo—. “¿Y puedes venir tú también?”
— “No, yo no puedo” —replicó ella—. “Tengo mucho de humana. Pero puede que algún día, después de...”

Regina la miró con sospecha:

— “¿Después de qué?”
— “Nada” —dijo Ruth Rupérez.
— “¿Quieres decir después de que hayas hecho que La Tierra se vuelva como Roñilandia?”

Ruth Rupérez no contestó.

— “¡Eso nunca sucederá!” —gritó Renata.
— “No, porque en La Tierra vivimos nosotros” —dijo Rebeca.
— “Sí - dijo Raúl. Y tenéis una obra que estrenar”.

Ni Ruth Rupérez ni Bernardo impidieron que los Gurús de la Lluvia prosiguieran con sus ensayos. Ronaldo Rodríguez y Bernardo estaban a punto de volver a Roñilandia y Ruth Rupérez se dio cuenta de que había perdido el control del grupo de teatro.

Cuando Ramón preguntó a Raúl por qué Ronaldo y él habían venido a La Tierra y se habían hecho pasar por conserjes, este sonrió y, guiñando un ojo a Ronaldo, dijo:

— “Creo que Ronaldo puede contarte por qué”.

Ronaldo asintió.

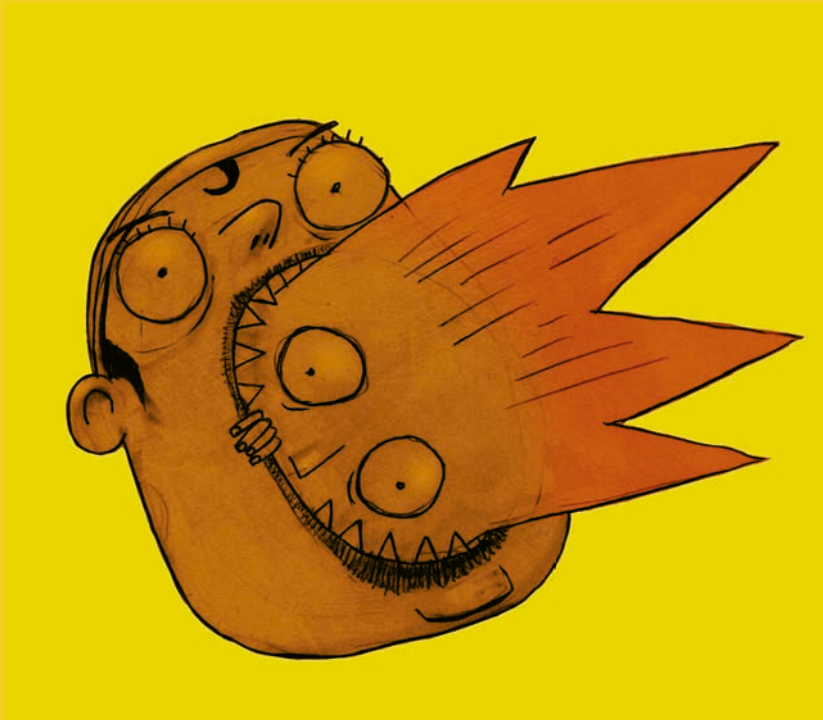
— “Muy bien” —dijo—. “Había una cosa que quería hacer antes de asentarme definitivamente en Roñilandia”.

Miró a su hijo y le sonrió. Raúl le devolvió la sonrisa.

— “¿Encontrarme?”

Ronaldo asintió. Y, secándose una lágrima que le salía por la esquina de un ojo, continuó.

Había vuelto a Jonia, había buscado a Rubén y le había preguntado si él podría ayudarlo a encontrar a su querido hijo. Ronaldo Rodríguez tenía la sospecha de que estaba en algún lugar de Jonia, aunque era de La Tierra. Rubén tuvo que admitir que en la primera persona que pensó fue en Ramón pero, después de pensarlo detenidamente, llegó a la conclusión de que Ramón no podía ser, de ninguna manera. Ramón era un verdadero Gurú de la Lluvia. Durante mucho tiempo Rubén había sospechado que Raúl era el saboteador. Y se había ido a La Tierra. Si Raúl era el hijo de Rolando Rodríguez, los Gurús de la Lluvia estaban en peligro. Habló a Ronaldo de sus sospechas y los dos decidieron seguir a los Gurús de la Lluvia. Se montaron en peonzas y pusieron rumbo a La Tierra. Rubén sabía a que escuela iba Ramón y Ronaldo sabía que Ruth enseñaba en esa misma escuela. No tenían ninguna duda de adónde se debían dirigir. Cuando llegaran, querían convencer al falso Gurú de la Lluvia de que se fuera con su padre a Roñilandia. Pero, primero, tenían que averiguar si Raúl era el falso Gurú de la Lluvia realmente y si era el hijo que Ronaldo Rodríguez tanto deseaba encontrar. Después de un tiempo, encontraron el lugar que habían venido a buscar. Se disfrazaron, acudieron a una entrevista de trabajo para contratar conserjes y obtuvieron los puestos. El resto, como dijo Rubén, fue «simple trabajo de detectives».



Capítulo 14

NUESTRA TIERRA SOBREVIVIRÁ

A Ramón se le hizo un nudo en la garganta cuando vio a Ronaldo Rodríguez y a Bernardo empujando los pomos de sus peonzas y despegando, camino de Roñilandia. Personalmente, se alegraba de que se fueran porque, a pesar de que Ronaldo Rodríguez parecía haberse vuelto amable, no estaba seguro de que pudiera fiarse de él. Y Raúl... no, Bernardo, había dado muestras de ser una criatura gaseosa muy astuta. La vida en La Tierra sería más segura si ellos no estaban. Los otros Gurús de la Lluvia eran de la misma opinión. Todo el mundo dijo alegremente adiós con la mano a las dos peonzas, que se fueron haciendo cada vez más pequeñas, hasta que reaparecieron en el espacio.

El nudo de la garganta de Ramón tenía que ver con Ruth Rupérez. Ella no sonrió, ni dijo adiós con la mano. Sol se quedó allí plantada, con una expresión de pérdida y pena que hubiera encogido el corazón a cualquier criatura gaseosa. Ella hubiera querido ir con ellos, pero no podía. Era un ser humano terrestre y los terrestres se crían con aire fresco, agua limpia y entornos saludables en los que las plantas, flores, frutos, trigo y arroz puedan crecer. Cuanto más degrademos nuestro medioambiente, más lo deterioramos para los que vivan después de nosotros. La salud de La Tierra es nuestra salud. Si ella se muere, nos morimos nosotros también.

Ronaldo Rodríguez no era terrestre. El sobrevivía mejor en un mundo con el aire contaminado, el agua sucia y la naturaleza muerta. Nunca hubiera sobrevivido en La Tierra y, si Ruth Rupérez se hubiera ido con él a Roñilandia, no hubiera durado más de dos semanas viva. Esa era la gran tragedia de Ruth Rupérez y no podía hacer nada al respecto.

En la escuela, el día del estreno se acercaba. Rubén se había unido al grupo y hacía el papel de Raúl. Ya había dejado claro, mientras se hizo pasar por conserje, que era un actor excelente. Rebeca le dijo que tenía talento y se dijo a sí misma para darse seguridad: “eso creo”.

Ruth Rupérez ya no estaba en el grupo. Rebeca le había hablado de su sabotaje. Por eso le habían despedido como profesora. Ella pidió trabajo como jardinera en la escuela.

— “Puede que así aprendas a ser un ser humano como es debido” —le dijo Rebeca.

Ruth Rupérez se puso a trabajar en el jardín inmediatamente.



— “Como profesora de biología, usted sabe mucho de plantas” —dijo el director con entusiasmo.

Ruth Rupérez le miró a los ojos y le contestó tristemente.

— “Sí. Sé algo de eso”.

La obra de teatro fue un rotundo éxito. En el salón de actos no cabía un alfiler, entre padres alumnos y profesores.. Todos los miembros del grupo de teatro se habían convertido en Gurús de la Lluvia. Los aplausos atronaron después de la última canción «Klonia sobrevivirá». Pero, cuando la audiencia se levantaba para marcharse, sucedió algo.

Dos de los actores se colocaron al borde del escenario. Eran Reidium y Regina.

— “¡Esperad un momento!” —gritó Regina.

— “Tenemos que deciros algo antes de que os vayáis” —dijo Reidium.

— “Lo que acabáis de ver es una historia verdadera” —dijo Regina.

En el salón de actos se hizo el silencio.

— “Bueno” —dijo Regina—. “Nosotras no sólo somos hermanas en la obra, sino que somos hermanas también en la vida real”.

¡Por supuesto!, pensó Ramón. ¡Eso lo explica todo! Recordaba como había reaccionado Regina cuando Ramón llegó con ella de Jonia. «No tenías que haber venido» había dicho. «Ahora ya estoy aquí» había contestado Reidium. Y se habían dado un abrazo rápido, durante el cual, la cara de Reidium se había puesto colorada como un tomate y la de Regina blanca como la leche.

Ramón se había dado cuenta de que ya se conocían, pero pensó que Regina había palidecido porque no le gustaba Reidium. Ahora comprendió que había sido porque la quería más que a nada en el mundo. La voz de Regina le sacó de sus pensamientos:

— “El planeta del que venimos no es Klonia, sino Jonia” —explicó Regina—. “Somos gurús de la Lluvia desde que éramos muy pequeñas. Pero nuestro planeta se deterioraba tanto que decidimos venir a La Tierra para aprender de los seres humanos a salvar nuestro planeta”.

Ahora había un silencio mortal en el salón de actos.

— “Pero, como pudimos descubrir, las cosas no iban tan bien como pensábamos en La Tierra” —continuó Regina—. “Y yo me quedé en La Tierra para ayudar a los otros Gurús de la Lluvia”.

— “Y yo estaba en Jonia, igual de preocupada por lo que le sucediera a mi hermana que por lo que le sucediera a La Tierra”.

- “Y yo estaba preocupada por lo que les sucediera a Regina y a Jonia”.
- “Las cosas no fueron bien”.
- “Pues no. Y entonces tú te fuiste a La Tierra y volviste con otro Gurú de la Lluvia”.
- “Sí” —dijo Regina—. “Un Gurú de la Lluvia que ni siquiera sabía que lo era”.
- “Un superfantástico, excelente y fenomenal Gurú de la Lluvia” —dijo Reidium.

Las dos miraron en dirección a Ramón, que estaba entre bastidores y que sintió que su cara se le ponía roja como un plato caliente.

— “Luego él volvió a La Tierra y se trajo a mi hermana con él” —dijo Reidium—. “Y juntos salvamos Jonia”.

Reidium meneó la cabeza.

- “Eso todavía no lo sabemos” —dijo—. “Aún quedan muchas cosas por hacer allí”.
- “Sí” —dijo Regina—. “Y por eso tenemos que volver, después de haber cumplido nuestra misión en La Tierra”.
- “¡Todavía no está cumplida!” —gritó una voz.
- “¡Aquí todavía queda también mucho por hacer!” —chilló otra.
- “¡Os necesitamos!” —gritó otra más.
- “No” —dijo una voz proveniente del escenario. Y apareció Rubén, colocándose al lado de las chicas. — “Yo también soy de Jonia”.





La gente gritó de alegría. El pequeño Gurú de la Lluvia hizo una reverencia.

— “Y esta es mi hermana Renata. Por favor, dadle la bienvenida”.

La audiencia aplaudió más mientras Renata avanzaba por el escenario y se reunía con los demás. Parecía un poco tímida, pero su hermano estaba muy seguro de sí mismo. Llevaba puesta una capa de Gurú de la Lluvia.

— “No nos necesitáis” —gritó—. “Solo os necesitáis unos a otros. Muchos de los que venís a esta escuela ya sois Gurús de la Lluvia. Ahora depende de vosotros continuar el esfuerzo comenzado. Tenéis que convencer a otros para que sigan vuestro ejemplo. Os sugiero que convenzáis a otras escuelas para que se conviertan en escuelas de Gurús de la Lluvia. Y, entonces, podéis instituir concursos que premien a la gente que tenga proyectos para mejorar el medioambiente. Podríais llamarlos «Premios Ciempiés». Un ciempiés no es grande, pero tiene montones de patitas que usa a la vez, como vosotros cuando trabajáis en equipo. Ya habéis conseguido mucho, pero todavía hay mucho por hacer. No se trata de que haya Gurús de la Lluvia en esta escuela, ni en este barrio. Se trata de salvar el planeta en el que vivís. Y sabemos que haréis cualquier cosa para salvarlo. Aunque todavía no sepáis cómo. Y nosotros no podemos decíroslo. Solo vosotros podéis encontrar la solución. Creo... no, estoy seguro de que podéis hacerlo. ¡Buena suerte!, ¡queridos amigos! Ahora tenemos que deciros adiós. También tenemos un planeta que salvar”.

Cuando terminó de hablar, hizo volar su capa, saludó con una reverencia y se fue con los otros jonianos del escenario. Los aplausos fueron tan atronadores que casi se caen las paredes. Ramón supo que el calor que le recorría todo el cuerpo, se debía a su confianza en el futuro.

— “¿Nos volveremos a ver alguna vez?”

Ramón estaba junto a Regina en el jardín frente a su casa. Los otros jonianos ya estaban camino a casa y ella estaba a punto de partir también.

— “No sé” —dijo ella—. “Puede que sí. Espero que sí. Creo que sí” —le cogió de la mano—. “Quizá en el futuro, cuando Jonia y La Tierra se hayan convertido en lugares saludables para vivir”.

Él la miró a los ojos. Eran negros y profundos.

— “En los que podamos vivir todos” —dijo—. “Porque el universo es de todos”. Ella sonrió:

— “¿Me das un abrazo?”

El la sonrió también:

— “¿Para que tengas la suficiente energía para alcanzar a los demás?”

— “Sí. Y para que tenga valor para irme”.

Cinco segundos después, ella era un puntito en el cielo. Y un segundo más tarde, ya no estaba. Aunque Ramón no la pudiera ver, sabía que estaba allí con él y que siempre lo estaría. Siempre que hubiera gente viviendo en La Tierra. Y la canción. Ahora podía oír la canción. La canción viniendo del cielo, de la propia Tierra, de dentro de sí mismo.

Ramón echó una última ojeada al cielo. En el mismo momento, otra persona miraba también el cielo. Era una mujercita regordeta con una regadera en las manos. Estaba al lado del macizo de flores que había a la entrada de la escuela:

— “Algún día, Ronaldo y Bernardo” —susurró—, “algún día nos volveremos a encontrar”.

Entonces se arrodilló junto al macizo de flores.

Si uno estuviera lo suficientemente cerca, podría ver que la regadera que tenía en las manos estaba llena de gasolina.



Los Gurús de la Lluvia

Los Gurús de la Lluvia es el título del proyecto de tres años de duración que la Consultoría energética **Escan, junto con la Comunidad de Madrid**, ha propuesto para los niños.

Los Gurús de la Lluvia se ha concebido para involucrar a la gente joven en interesarse por temas relacionados con la energía. «Nuestra Tierra sobrevivirá», escrita por Klaus Hagerup, es la última parte de la trilogía de los Gurús de la Lluvia. La primera parte se publicó en España en 2007 y la segunda en 2008.

El libro se distribuye en La Comunidad de Madrid, en los colegios que participan en el proyecto Kids4future. Los derechos de explotación del libro y del material del proyecto pertenecen a Escan,s.a.

EJEMPLOS DE TEMAS PARA LA DISCUSIÓN EN CLASE:

.....

1. Los Gurús de la Lluvia tenían que llevar a cabo una tarea importante en Jonia y en La Tierra. ¿Qué has aprendido en estos libros sobre los Gurús de la Lluvia? ¿Eres tú un Gurú de la Lluvia?

2. Los Gurús de la Lluvia se inventaron una obra de teatro para hacer en su escuela. ¿Te atreves a interpretar tú la historia de los Gurús de la Lluvia? Podéis crear en la clase un teatro sobre ellos y representarlo ante vuestros padres?

3. Los Gurús de la Lluvia propusieron a los estudiantes y a las escuelas que se convirtieran ellos mismos en Gurús de la Lluvia y que instaurasen un «Concurso Ciempiés» para premiar las buenas ideas referidas al cuidado del medioambiente y a la conservación de la energía. ¿Qué puedes hacer tú para ser un Gurú de la Lluvia? ¿Qué pueden hacer tu escuela y tu barrio para que tu ciudad sea una ciudad de Gurús de la Lluvia?

.....

Os animamos a que nos escribáis y nos digáis cómo va vuestro grupo de Gurús de la Lluvia. Nos encantaría conocer cualquier iniciativa curiosa o divertida que hayan tenido nuestros lectores. Y también nos gustaría recibir dibujos o fotografías de vuestros grupos de trabajo.

Para más información sobre los Gurús de la Lluvia, véase:
<http://www.losgurusdelalluvia.com>



La Peonza musical - Parte 3

La primera vez que oigas el término «criatura gaseosa», podrías creer que se refiere a una horrible criatura que vive en lo alto de un volcán. O ¿te imaginas extraños y lejanos planetas en los que sólo las criaturas gaseosas pudieran sobrevivir?

Ramón se encuentra con criaturas gaseosas bastante cerca. Son completamente diferentes de lo que él pensaba que eran. Viven en La Tierra. Están a nuestro alrededor y hacen todo lo que pueden para destruir nuestro planeta. Ramón descubre que salvar el planeta Jonia es mucho más difícil de lo que se creía. Y la tarea se hace mucho más difícil... ¡con un traidor entre sus amigos!



Con el apoyo de:



El contenido de este libro es responsabilidad del autor y no refleja necesariamente la opinión de la Comunidad Europea. La Comisión Europea no es responsable de cualquier posible uso que se realice de la información de este libro.